

AUSTRALIS
II



Joaquín
Ipinza



XLI 500 AÑOS DESPUÉS

Pensábamos que las cosas iban a mejorar. Creíamos que aún había tiempo para revertir todo el daño que le habíamos causado al planeta...

Pero los cambios se fueron sucediendo de forma más abrupta de lo esperado. Todos los días había noticias acerca de la extinción de tal o cual especie, o de incendios masivos, temperaturas extremas récord, tanto de frío como de calor en todas partes del mundo.

Huracanes y tifones con intensidades nunca vistas, pandemias, inundaciones y sequías, y recién allí, aquellos que se aferraban a la idea que todo era un proceso normal y natural comenzaron a asumir la realidad; pero siempre con la tozuda ceguera de grupos de populistas políticos de extrema izquierda y derecha, religiones aun siguiendo a la letra sus dogmas y grupos económicos que nunca entendieron que ello significaba la peor crisis económica de la

historia. Y se iniciaron sangrientas revueltas sociales que agravaron aún más la situación.

El resultado de esas catástrofes fue que ciudades enteras que estaban cerca de las costas, fueron destruidas por tsunamis sorprendidos y devastadores. Como si el planeta hubiese planificado un ataque contra la humanidad, una tras otra, las ciudades costeras más importantes y populosas del mundo desaparecieron: Nueva York, Los Ángeles, Shanghai, Singapur, Mumbai, Tokio, Hong Kong, Río de Janeiro, Buenos Aires, y muchas ciudades más. Así, las economías de esos países colapsaban, dejando su rastro de muerte.

En pocos años, esos desastres naturales y las crisis posteriores a ellos hicieron que la población mundial se redujera a la mitad; mientras los sobrevivientes luchaban por mantenerse con vida en las tierras que el mar no había reclamado como suyas. El mapa del mundo había cambiado para siempre.

Muchas islas de baja altura desaparecieron, el mar se tragó a todos sus habitantes, porque súbitamente aumentó nivel del mar producto del deshielo polar y el aumento sorprendente de su temperatura. En muchas islas sólo quedaron sobrevivientes en las montañas.

Otros países de baja altitud desaparecieron. América del norte y América del sur ya no estaban unidas, África y Asia también quedaron separadas.

Pese a los monumentales esfuerzos políticos y científicos para revertir el desastre, era demasiado tarde; la gran bestia ya había sido despertada...

El permafrost, una gigantesca capa orgánica que se había mantenido congelada desde el pleistoceno en el círculo polar ártico, inició su

proceso definitivo de deshielo, generándose la putrefacción de trillones de toneladas de materia orgánica; la cual comenzó a emitir diariamente millones de toneladas de metano a la atmósfera. Ese gas tiene un potencial de generación de efecto invernadero veinte veces mayor que el CO₂.

Al cabo de pocos años, esta emisión masiva de metano provocó el colapso climático global definitivo. La temperatura promedio de la tierra en las cercanías a la Línea del Ecuador aumentó a los 80 grados centígrados, por lo que extensas zonas que décadas antes eran selváticas se tornaron inhabitables cuando comenzó lo que llegó a conocerse como: “El tsunami de fuego”; una sucesión de incendios forestales que nunca más se lograron apagar, y acabaron con todos los reservorios de la biosfera y las ciudades vecinas a los bosques y selvas tropicales.

Antes de poder salir del asombro por lo que sucedía, los científicos detectaron que las corrientes marinas se detuvieron súbitamente, generándose un proceso que llevó a que la vida en el mar también entrara en proceso de putrefacción, incrementando aún más la emisión de metano y el efecto invernadero, sumado a terribles tormentas que no terminaban nunca.

Y ello llevó a un proceso migratorio global nunca visto. Inmensas caravanas de personas iniciaron su viaje a aquellos lugares que aun mantenían condiciones mínimas para la vida, especialmente en las cercanías del polo norte, donde las cuatro grandes potencias del mundo habían creado sus propios territorios protegidos, y que por motivos ‘humanitarios’ estaban recibiendo a los migrantes que llegaban desde todos los rincones del planeta.

En realidad, las potencias se estaban preparando para lo que vendría después...

Todas las potencias necesitaban aumentar la población en sus respectivas colonias en las cercanías del polo norte, porque sabían que en cualquier momento las tensiones, que ya iban creciendo, terminarían en cruentas guerras por el control de los pocos recursos naturales de dichas áreas.

Acusaciones iban y venían, ninguno se atrevía a empezar una guerra que sabían inevitable, todos querían que sus rivales pelearan entre sí para entrar en guerra cerca del final, cuando los otros ya estuviesen debilitados y tener parte con los vencedores.

Pudo más la codicia que la inteligencia, y las cuatro potencias se enfrentaron en grupos de dos en una guerra sin sentido. La primera guerra del polo norte había comenzado.

Millones de personas inocentes murieron en esa guerra, eran personas que emigraron al polo norte en busca de una nueva vida, con la promesa de un nuevo mundo. Pero estaban destinados a ser la carne de cañón de las potencias en conflicto.

Los sobrevivientes quedaron gobernados por las dos potencias vencedoras de la primera guerra del polo norte; que después de ser aliadas, se convirtieron en rivales. Ambas crearon un tiránico poder militar cada vez más poderoso, que iba reemplazando a lo que antiguamente se llamaban países. Pero ahí no acabarían sus problemas...

En el norte, los gobiernos establecían a la población sobreviviente en las zonas recién descongeladas que conquistaron por la fuerza. Un ambicioso plan agrícola estaba en marcha, con la promesa de que pronto habría alimento para todos. Pero en esas mismas tierras

vírgenes por las que tanto lucharon; los colonos fueron sorprendidos y diezmados por un poderoso enemigo que nunca imaginaron.

Brotos de virus gigantes desconocidos, cepas de ántrax y otros gérmenes pleistocénicos para los que sus cuerpos no tenían defensas, y que fueron despertados y liberados al descongelarse el permafrost.

Millones murieron sin la posibilidad de saber si quiera qué era lo que los mataba. Los gobiernos luchaban para salvar a la mano de obra que les sustentaba, los científicos tenían que encontrar una cura para el ataque de estos gérmenes prehistóricos; tan simples que no reaccionaban a los medicamentos; tan efectivos que mataban en cuestión de horas.

Simultáneamente, al acabarse los recursos del árido polo norte, esta guerra mundial se centró en el control de la Antártida, en las proximidades del polo sur; dónde las temperaturas no eran aún muy altas. Los deshielos además demostraron que existieron culturas que prosperaron ahí antes de la edad de hielo. Ahí había emigrado la mayoría de la población sobreviviente del hemisferio sur, separados en pequeñas parcelas que apenas podían sobrevivir. Pero las dos potencias vencedoras en la guerra por el polo norte no estaban dispuestas a dejar ese territorio la una en manos de la otra.

La triste decisión egoísta de un líder político que sabía que no podría tener el control de la Antártida, desató el empleo de armas nucleares para acabar con las colonias en la Antártida, con la loca idea de que si no era para ellos, no sería para nadie; y de esa forma, en un solo día, se borró del planeta a las cien millones de personas que habían emigrado allá, y los catorce millones de kilómetros cuadrados de la Antártida, se hicieron también inhabitables.

Esta acción unilateral contra la Antártida hizo que la potencia rival tomara represalias, y empezó la segunda guerra del polo norte, que terminó en más muerte y desolación.

De esa forma, el ser humano comenzó su camino a la extinción. La potencia vencedora y única dueña del polo norte quedó con armas poderosas, pero sin soldados para portarlas; con vehículos ultramodernos, pero sin conductores; con sistemas automatizados de última generación, pero sin personal para hacerles mantenimiento. Mientras tanto, los sobrevivientes continuaban muriendo por causa de las enfermedades liberadas del letargo en el que permanecían en el permafrost desde el pleistoceno.

La población se redujo a niveles pre-neolíticos, quedando solo algunos millones de personas. La mayoría de los sobrevivientes eran los que no habían emigrado a los polos, sino en poblaciones que permanecieron repartidas e inconexas en algunos remotos puntos del planeta; donde aún existía algo de agua y temperaturas manejables. Otros habían construido bunkers y cuevas en las que habían intentado, a través de la tecnología, recrear ecosistemas habitables. Las enormes migraciones además crearon un lenguaje común, una extraña mezcla entre chino mandarín, español, inglés e hindi, las que eran respectivamente las lenguas más habladas en el mundo antiguo.

Aquellos grupos aislados sobrevivieron, porque se mantuvieron alejados de los que basaron su sobrevivencia en el poder y control; estos últimos grupos desaparecieron producto de sus constantes pugnas internas y de las enfermedades pleistocénicas que les diezmaron.

A diferencia de los colonos del polo norte, los grupos aislados distribuidos por el planeta creyeron en la cooperación y la ayuda

mutua, logrando adaptarse mucho mejor a las cambiantes condiciones del planeta.

Quinientos años después, la casi desaparición del hombre había disminuido ostensiblemente la presión sobre el ecosistema, el proceso de degradación, a pesar de haberse atenuado, aun avanzaba comenzando a hacer invivibles incluso aquellos últimos bastiones donde la humanidad encontró refugio.

En esos lugares, algunos hombres y mujeres tenían extraños sueños coincidentes; sueños de un lugar que había escapado de la catástrofe. Esos sueños que con el paso de los años se repetían en distintas personas; alimentaron la leyenda de que muy al sur; existía un paraíso, un remoto resabio de lo que era este mundo antes de la catástrofe, pero nadie se atrevía a salir y aventurarse en un viaje en el que deberían recorrer miles de kilómetros de parajes yermos y hostiles.

Sin embargo, el deterioro incesante de las condiciones de vida ya estaba incitando a algunos a emprender este último y desesperado viaje hacia el Sur Profundo.



XLII NORTEAMERICA, CHINA, AMAZONIA

La comunidad de la Silicón City

Al principio del apocalipsis global, el nivel del mar aumentaba rápidamente, y así empezaba a reclamar para sí algunas ciudades importantes. Al oeste de los Estados Unidos, las ciudades de Los Ángeles y San Francisco estaban luchando para ganar tiempo construyendo diques que les permitieran mudarse a tierras más altas.

Mientras tanto, un ambicioso proyecto secreto se llevaba a cabo para salvar a la población del desastre inminente. En algún lugar del oeste, con suficientes reservas acuíferas subterráneas; se construía la primera Silicón City, de los Estados Unidos.

Apenas unos meses después de ser terminada, mientras se hacían las pruebas de sustentabilidad; un tifón devastador destruyó los diques, y

como consecuencia, casi toda la franja costera que componía el estado de Los Ángeles quedó en los dominios del mar.

Millones de personas murieron, y la población sobreviviente fue llevada a la Silicón City.

La Silicón City era un búnker de piedra, mampostería y cristal con forma de cúpula gigante. Sus inmensas paredes redondas de piedra sólida sostenían las gigantes paredes de mampostería; que estaban coronadas por los famosos cristales gigantes de la “Scity”, como llamaban los medios a la Silicón City; y que estaban dispuestos en distintas posiciones para que la luz solar llegase hasta los campos para producir alimento dentro del búnker.

Aunque en efecto la Scity era gigante, su verdadera estructura era subterránea. Todas las viviendas, empresas y medios de transporte eran subterráneos, con cincuenta pisos de profundidad.

Era una verdadera fortaleza que al principio parecía exagerada. Pero con el tiempo, se mostró que la naturaleza es muy poderosa incluso para la imaginación humana.

La Silicón City estaba planificada para albergar a cien mil personas, pero los sobrevivientes de la devastación del tifón y la inundación fueron sólo 10.000 personas.

Les tomó 20 años construir una réplica a un kilómetro de distancia; por lo que la capacidad se amplió a doscientas mil personas. Un túnel subterráneo comunicaba a los dos bunkers, que formaban una sola ciudad.

Vivir en la Scity se volvió una moda, y muchas personas famosas pasaron temporadas en algunas de las dos ciudades. En el verano la

población aumentaba debido al clima interior agradable, y los precios de las estadías eran sólo para privilegiados.

Los sobrevivientes de la devastación en California vivían del turismo de lujo que la Scity generaba. Así fue hasta que la Scity pasó de moda, y el interés de los medios se posó en el polo norte.

El gobierno puso de moda las colonias del polo norte como la nueva esperanza de la humanidad. Todos tenían la oportunidad de ir y aprovechar las nuevas oportunidades que el polo les ofrecía.

La mayoría decidió mudarse porque el cambio climático hacía insoportable el calor y el gasto de energía era cada vez mayor. Otros se mudaron por codicia, y otros por patriotismo.

La Silicón City continuó funcionando sin que sus moradores se enteraran de que, al cumplir cien años de ser construidas, eran los únicos pobladores de los territorios norteamericanos.

Después de 500 años de haber sido fundada la primera Scity, se perdió la comunicación con la sede del gobierno en el polo norte, y los pobladores empezaron a preocuparse por su futuro.

Los rumores hablaban de un exterminio masivo debido a las enfermedades del polo norte, y que incluso la presidenta del país habría muerto. En ese caso, los habitantes de la Scity estaban solos, y debían aprender a sobrevivir con lo poco que tenían.

Pero otros informes más catastróficos decían que habían perdido la segunda guerra del polo, y que de un momento a otro recibirían la visita de los nuevos 'amos' que los llevarían por la fuerza al polo norte. Esta posibilidad los hizo tomar algunas medidas para aislarse aún más del exterior, y planear tácticas defensivas.

Sin embargo, un joven llamado Bob, estaba más preocupado por otras cosas.

Todas las noches, Bob tenía sueños sobre cosas que no conocía, y que nunca en su vida había visto. Por ejemplo, soñaba con carreteras interminables e incluso soñaba que conducía un auto. En la Scity no había autos, todos se transportaban en bicicletas o en metro; y mucho menos carreteras. ¿De dónde sacaba esos pensamientos?

Algunas personas le decían que su imaginación se alimentaba de las viejas leyendas del paraíso en el sur; otros le decían que eran los recuerdos de una vida pasada.

Un psicólogo le dijo que en nuestro ADN se podían guardar recuerdos y transmitirlos a nuestros descendientes. Otras personas le decían que era un recuerdo de algo que vio en la niñez y que olvidó; pero que ahora estaba trayendo de nuevo a su memoria.

Lo cierto es que Bob no podía explicar esos recuerdos de cosas que no conocía y que además estaban llenos de detalles, como la marca del auto, la sensación al conducir, el olor de la tapicería nueva, un camión que venía en sentido contrario y tenía escrita la marca de gaseosa que transportaba; y la extraña medalla en forma de estrella de ocho puntas que siempre estaba sobre el tablero del auto; todo era demasiado vívido como para sólo imaginarlo.

Una terapeuta enseñó a Bob a meditar, y con las meditaciones descubrió que podía traer esos recuerdos a voluntad. Pronto se dio cuenta que cuando estaba completamente solo y en la oscuridad, sus meditaciones le mostraban otras cosas que nunca había visto, oído ni sentido.

Era fácil estar solo en la Scity, ya hace mucho que la natalidad había descendido, y las enfermedades producto del encierro diezmaban a la

población de la ciudad; por lo que sólo albergaba a unos cincuenta mil habitantes, cuando la capacidad original combinada de los dos búnquers era de doscientas mil personas.

Así que Bob caminaba por una de las vías del metro sin uso, a altas horas de la noche, hasta cierto lugar en particular, donde se sentaba en la oscuridad y comenzaba a meditar.

Cuando meditaba en la oscuridad, algo que había en su mente; y que él nunca había visto aparecía ante sus ojos; casi siempre tenía que ver con viajes por carreteras interminables, donde algunos hombres pasaban por su lado viajando en grandes bicicletas motorizadas que hacían mucho ruido, y que sólo podían transportar a dos personas, o con personas que saludaban a los conductores desde la orilla de la carretera mostrándoles su dedo meñique. Siempre con la extraña medalla en forma de estrella de ocho puntas que Bob encontraba sobre el tablero del auto.

Rápidamente, Bob se aficionó a sus visiones como si se tratase de un videojuego. Diseñó una medalla con forma de estrella de ocho puntas como la que veía en sus meditaciones, la imprimió con su impresora 3D y la colgó a su cuello.

Una noche, en la oscura vía del metro, Bob despertaba de sus profundas meditaciones cuando algo empezó brillar frente a él. Esa luz misteriosa se convirtió en un ser de luz, del tamaño de un hombre, que para sorpresa de Bob, tenía una medalla con la forma de una estrella de ocho puntas en su pecho.

—¿Quién eres? —preguntó Bob.

—La pregunta es: ¿quién eres tú? ¿Por qué razón tienes esas visiones? ¿Qué tienes de especial? —respondió el ser de luz.

—No lo sé —respondió Bob—, no sé por qué me está ocurriendo esto.

—Has sido escogido para ir a un concilio muy importante en el Sur Profundo —dijo la criatura de luz.

—¿Hay sobrevivientes en el sur? —preguntó Bob— ¿Es cierta la leyenda?

—Te mostraré lo que hay en el sur —le dio la criatura de luz.

En ese momento, Bob tuvo una visión de una comunidad viviendo en condiciones idílicas, entre campos verdes y montañas. Era lo más cercano a un paraíso.

Cuando la visión desapareció, Bob preguntó:

—¿Cómo llegaré a ese lugar?

—No irás solo, nos volveremos a ver en el camino hacia el Sur Profundo —le dijo la criatura de luz y desapareció.

La comunidad de Yan'an

Otra de las comunidades aisladas permaneció en China por órdenes de su gobierno, y lo hizo en la ciudad de Yan'an, en una zona conocida como “Las tierras amarillas de Shaanxi”, compuesta por áridas colinas en la meseta de Loess, un altiplano del noroeste de China.

Hacía más de dos mil años que los pobladores de esa zona habían desarrollado la manera de construir un tipo de cuevas que llamaban: “yaodong”, palabra que significa: “casa cueva”, una forma de construcción que se transmitió de generación en generación.

Esta forma de construcción era ideal para sobrevivir en las condiciones climáticas extremas que se preveían, ya que la tierra en

las paredes de la cueva servía como un aislante térmico que mantenía el interior del yaodong bastante fresco en el verano imperante.

Su población máxima antes del apocalipsis fue de cuarenta millones de personas, y ocupaban un altiplano de cuatrocientos mil kilómetros; pero además, el gobierno chino escogió este lugar porque culturalmente se le consideraba “La cuna de la Revolución China”, pues el ejército dirigido por Mao Zedong tuvo su sede en Yan'an entre 1935 y 1948.

Antes de mudar a la población china sobreviviente a sus colonias cercanas al polo norte; el gobierno chino decidió dejar una representación en las cuevas de la ciudad de Yan'an, como una forma de conservar intacta su cultura.

Alimentar a tantas personas era cada vez más difícil, por lo que la población fue reduciéndose hasta que, quinientos años después, sólo quedaban unas ochenta mil personas en Yan'an, que nunca salían de las cuevas durante el día, y sobrevivían gracias a la canalización subterránea de manantiales que sus antepasados habían logrado cavar, y que ellos mantenían con mucho esmero.

La energía solar abundaba, pero mantener la tecnología funcionando era muy difícil. Las hortalizas se sembraban en huertos hundidos en la tierra y excavados en la forma de pozos inclinados, para que el exceso de luz solar no chamuscara las incipientes plantas que lograban cultivarse.

Su dieta proteica consistía en peces y camarones albinos, que se criaban en pozos subterráneos; y debido a que nunca habían visto la luz natural; esos animales eran blancos y no tenían ojos.

Cuidar de los pozos era la labor de Han Li, un joven chino que cuidaba de los peces y los camarones con esmero.

Han Li empezó a tener unos extraños sueños en los que veía seres de luz que se reunían y deliberaban, todos esos seres de luz tenían una medalla con forma de estrella de ocho puntas en su pecho.

Durante el día, Han Li no podía dejar de pensar en esos sueños inquietantes. Por eso, talló un pedazo de piedra con la forma de la estrella de ocho puntas y la colocó en su pecho.

Unos días después, vio a una chica de su comunidad que tenía una estrella igual a la de él, y a pesar de su timidez, Han Li se armó de valor y la preguntó:

—¿Dónde conseguiste esa medalla?

—Yo la hice —respondió la chica—, la tallé con mis propias manos.

Han Li le mostró su propia medalla, y la chica enmudeció de sorpresa.

—¿Tú también has soñado con eso? —le preguntó Han Li.

—Sí —le respondió asustada—, ¿alguien más ha soñado con esos seres?

—No lo sé —respondió Han Li—. Pero me gustaría saber por qué soñamos esas cosas.

—Mi abuela dice que tiene algo que ver con la leyenda del paraíso que existe en el sur —dijo la chica.

—¿Tú crees en esa leyenda? —preguntó Han Li.

—Yo creo que es verdad —le dijo la chica—. Si no, ¿cómo explicas nuestros sueños?

Una tarde, mientras Han Li cuidaba de los peces, una luz empezó a brillar en el estanque subterráneo. Esa luz salió del agua y se convirtió

en un ser del tamaño de un hombre, con una estrella de ocho puntas en su pecho.

—Debes hacer un viaje —dijo el ser de luz.

—¿A dónde? —Al Sur Profundo, a la Patagonia del Pacífico.

—Pero, yo no sé llegar allá —dijo Han Li.

—Yo guiaré tu camino —dijo el ser de luz.

—¿Cuándo debo irme? —preguntó Han Li.

—Cuando tu equipo esté completo —respondió el ser de luz y desapareció.

La comunidad de la Amazonia

La selva amazónica fue la más afectada por el “tsunami de fuego” que acabó con casi toda la vegetación de ese gigantesco pulmón vegetal.

Cuando los incendios empezaron a arrasarse con las ciudades, cercanas a la selva; los gobiernos hicieron que la mayoría de los pobladores emigraran a otras zonas más “seguras”, Sin embargo, los pobladores indígenas no estuvieron dispuestos a abandonar sus tierras ancestrales, así que se movieron hacia el norte, en busca de la protección que les brindarían los “tepuyes”.

Un tepuy, es una montaña de piedra de paredes verticales en forma de meseta con una cima relativamente plana. Al norte de la selva amazónica hay muchos tepuyes que son venerados por los pueblos indígenas, pues afirman que sus dioses moran en la cima de esas gigantescas montañas verticales.

Para muchos científicos, estas extrañas montañas con forma de mesa de piedra, son las formaciones geológicas expuestas más antiguas en el planeta; pues se cree que pudieron haberse originado incluso hace unos cuatro mil millones de años.

Los tepuyes son tan antiguos, que en ellos no se encuentran restos fósiles de animales o plantas, pues su formación es anterior a la existencia de vida vegetal o animal.

Los shamanes de los pueblos indígenas, les indicaron que buscaran la protección de dos ‘tepuyes hermanos’, el Roraima y el Kukenán. El tepuy Roraima llega a los 2.900 metros sobre el nivel del mar, y el Kukenán alcanza casi los 2680 metros sobre el nivel del mar.

Parecía el lugar ideal, pues el tsunami de fuego no los alcanzaría allí, debido a que la vegetación circundante era muy escasa, y las temperaturas aún eran soportables. Además había mucha agua. Desde la cima del Roraima caían numerosas cascadas, y desde la cima del Kukenán caía un salto de agua de 674 metros de altura, en el extremo sureste del tepuy.

Cuando las temperaturas empezaron a aumentar y se hicieron insoportables, los residentes empezaron a refugiarse en las cuevas; hasta que aprendieron a agrandarlas y terminaron viviendo en pequeñas ciudades subterráneas que construyeron alrededor de los dos grandes tepuyes, que ellos estaban convencidos de que les brindaban algún tipo de protección sobrenatural.

Aunque había agua, sobre todo en los ríos subterráneos; faltaba el alimento; por lo que la población se redujo de unos doscientos mil habitantes, a unos cuarenta mil.

Akuna, una joven indígena, vivía en esa comunidad, y se ocupaba de los enfermos como ayudante del shamán. Su principal trabajo era

encontrar y administrar los medicamentos naturales a partir de la materia vegetal y mineral que se encontraba en la zona.

Por esa razón, aunque el tepuy Kukenán era conocido como “el monte de la muerte”. Akuna tenía permiso para escalarlo y buscar plantas y minerales, por lo que la joven tomó la costumbre de visitarlo sólo por el placer de estar sola y meditar. Había algo en el ambiente denso que se respiraba en el Kukenán que le parecía irresistible.

En la oscuridad de una de las cuevas de ese monte sagrado, Akuna se sentó a meditar, y cuando abrió los ojos, se encontró con una criatura de luz sentada frente a ella, del tamaño de una mujer, y con una medalla con la forma de una estrella de ocho puntas en su pecho.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —preguntó Akuna asustada.

.—Yo soy de esta montaña —dijo el ser de luz—, no tienes nada que temer.

—¿He hecho algo malo? —preguntó Akuna.

—No, tú has ayudado a curar a tu pueblo, pero ahora debes hacer algo más para ayudarles —respondió el ser de luz.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Akuna.

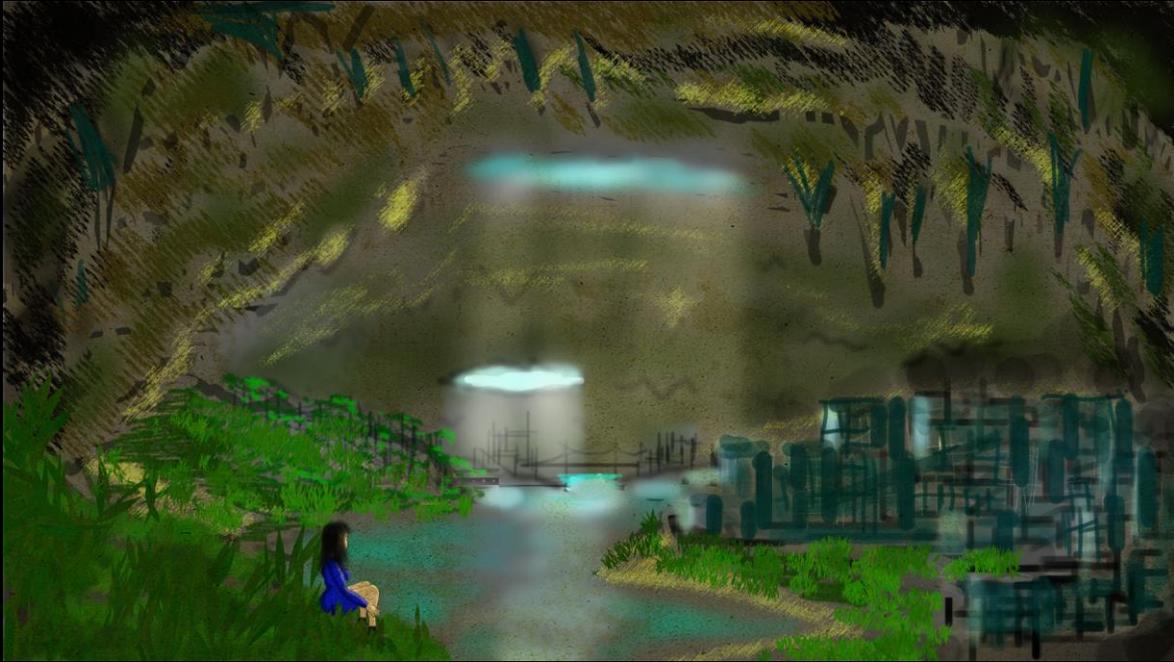
—Debes hacer un viaje al Sur Profundo —respondió el ser de luz.

—¿A la aldea de la leyenda? —preguntó Akuna.

—Sí, tú conocerás a los pueblos del Sur Profundo —dijo el ser de luz.

—No puedo ir sola —dijo Akuna.

—Yo te guiaré en ese viaje, y no irás sola —dijo la criatura de luz y desapareció.



XLIII ISLANDIA, MÉXICO, TURQUÍA

La comunidad de los nórdicos

A principio del apocalipsis global, los habitantes de Noruega, Suecia y Finlandia no se mudaron al polo norte junto con los europeos que sobrevivieron, debido a que el clima en esos países nórdicos aún era soportable. A ellos se sumaron los suizos, en un esfuerzo por conservar su tradicional política de neutralidad.

Sin embargo, cuando las temperaturas aumentaron, la población empezó a ser diezmada por enfermedades tropicales para las que no eran inmunes, y para colmo, aunque no participaron en la guerra,

muchos perdieron la vida por la contaminación generada por las armas químicas usadas en la primera guerra del polo norte.

Cuando estalló la segunda guerra del polo norte, un grupo de ellos decidió huir a Europa Central por temor a la contaminación química y a la amenaza de contaminación nuclear, que parecía inminente.

El grupo estaba compuesto por un médico de origen suizo, dos policías suecos, tres expertos en supervivencia noruegos, cuatro ingenieros finlandeses, y cinco agricultores junto con otras cien personas entre hombres, mujeres y niños.

Su plan era encontrar la famosa ciudad en el sur que, según la leyenda, había escapado del apocalipsis, y se había convertido en un paraíso, un remoto resabio de lo que era este mundo antes de la catástrofe. Pero en su camino, el grupo encontró muchas ciudades fantasmas.

Copenhague estaba inundada por el mar, así que cruzaron el estrecho en varios de los muchos veleros abandonados en lo que alguna vez fue el puerto; porque el puente había sido tragado por el mar pero la Dinamarca continental era más lejana que de costumbre, el mar la había desaparecido.

Al llegar a territorio alemán se trasladaron hasta Hamburgo, donde ya no había habitantes. El principal trabajo del grupo era explorar para saquear alguna comida, medicamentos, herramientas o armas que los habitantes hubiesen dejado tras sí. En Berlín había alimentos conservados que aún eran comestibles. En Praga había muchos medicamentos útiles, y en Múnich las altas temperaturas ya eran insoportables. Así que decidieron marchar más al norte, a Bruselas,

Después de varios meses caminando, encontraron en Bruselas un pequeño grupo de una docena de personas, que era el remanente de un grupo de veinte mil personas que había decidido quedarse; pero

que murieron por distintas causas, la mayoría debido al extremo cambio climático, que las había enfermado de Paludismo.

El médico suizo pudo tratar a tres de ellas que estaban enfermas de paludismo, y el pequeño grupo belga se unió a los nórdicos para marchar a Paris, pero tampoco en la ‘ciudad luz’ había sobrevivientes.

Una mañana, estando en Paris, una mujer salió de su carpa diciendo que había tenido un sueño extraño:

—Yo estaba en el campo a las afueras de Paris, y una criatura hermosa y luminosa con forma humana se me acercó —decía la mujer—. Yo no sentía miedo, no sé por qué, pero la criatura...

—¿Tenía algo en el pecho? —preguntó otra mujer sorprendida.

—Sí —dijo la primera mujer.

—Tenía una medalla con una estrella de ocho puntas —dijo uno de los hombres y las dos mujeres quedaron perplejas y asustadas al escucharle.

—¿Alguien más soñó con eso? —dijo la primera mujer.

Nadie respondió nada.

—¿Qué les dijo esa criatura? —preguntó intrigado el médico del grupo.

—A mí me dijo que teníamos que hacer un viaje —dijo la segunda mujer.

—Que debíamos llegar a Londres —dijo la primera mujer.

—Qué camináramos hasta Edimburgo —dijo el hombre.

—Y tomáramos unos barcos —dijo la segunda mujer— para ir a...

—¿Al polo norte? —preguntó el médico.

—No —dijo la primera mujer—, a Islandia.

El médico hizo un gesto de sorpresa, se levantó y dijo:

—Esto es muy distinto de nuestros planes originales, todos saben que queremos ir al sur, Pero vamos a pensarlo, y mañana tomaremos una decisión.

Esa noche la mayoría de ellos soñó con ese ser de luz que les decía que debían instalarse en Islandia, Así que, al día siguiente, tomaron la decisión de intentar llegar a Londres. El invierno estaba acabando y la primavera empezaba a ser sofocante; por lo que los extraños sueños coincidentes parecían dar un buen consejo, la única esperanza de sobrevivir al verano era Islandia.

Por eso, tomaron varias embarcaciones abandonadas y cruzaron el mar hacia Londres, que también estaba abandonada, viajaron más al norte, a Manchester y después a Glasgow, con la esperanza de encontrar sobrevivientes; pero no encontraron a nadie. Cuando llegaron a Edimburgo, el puerto ya no existía, el mar había reclamado la ciudad y los barcos abandonados yacían encallados en lagunas de agua salada.

Tomaron algunos veleros abandonados, los llevaron al mar y todos se embarcaron con destino a Islandia. Esta historia se pasó de generación en generación, y por eso, los nórdicos toman en serio los sueños, sobre todo si son coincidentes.

Cundo el grupo llegó a Islandia, encontró que la isla había sido un campo de batalla durante la primera guerra del polo norte; y toda su población había sido mudada por la fuerza a la colonia de una de las

potencias vencedoras en esa guerra, a fin de mantener un control cercano sobre la población.

Por eso, los viajeros se encontraron con antiguas instalaciones que fueron abandonadas de forma súbita, y con claros indicios de grandes enfrentamientos militares.

En esas instalaciones con forma de búnkers, se había aprovechado la energía geotérmica para crear un ecosistema cerrado. Después de varios años de intentos, ese grupo logró que nuevamente las maquinarias entraran en función, creándose una próspera colonia humana en dicho lugar.

Ese ecosistema era tan eficiente, que permitía la agricultura y la población empezó a crecer. Por eso, los nórdicos replicaron su exitoso ecosistema cerrado en diferentes lugares de lo que quedó de la isla. Su población llegó a ser de cien mil personas. Creían que habían salvado a la humanidad.

Pero el encierro constante comenzó a mermar la salud de esas personas. La tasa de natalidad cayó y morían siendo muy jóvenes por enfermedades causadas por el pequeño ecosistema. Por lo que quinientos años después del apocalipsis global, su población se había reducido a cincuenta mil personas. Era urgente hacer algo para salvarlos.

Entonces, sucedió un fenómeno inesperado, un sueño coincidente que miles de personas tuvieron casi al mismo tiempo, y que llenó de temor a los nórdicos, debido a la experiencia de sus antepasados.

Parecía ser el mismo personaje con apariencia humana y divina, lleno de luz que les había hablado en sueños a sus antepasados. Esta vez les decía que el fin era inminente, que debían enviar una delegación a un concilio que se celebraría en el Sur Profundo. La criatura incluso les

dijo quiénes serían los representantes nórdicos en esa arriesgada misión.

Brunilde, una joven de cabellos rojos, fue una de los escogidos para hacer ese viaje al Sur Profundo. Ella había sido una de las que había tenido ese sueño, por lo que estaba convencida y agradecida de tener ese privilegio. ¡Por fin cumplirían el sueño de sus antepasados!

La comunidad de los aztecas

Aun después de que los huracanes del Caribe y los tifones del Pacífico acabaran con todas sus ciudades costeras y mataran a millones de personas, muchos mexicanos se negaron a dejar su tierra y viajar al polo norte. Por eso, cuando las altas temperaturas empezaron a volverse insoportables, los aztecas recurrieron a su enorme complejo de cuevas naturales.

México tenía registradas muchas cuevas que sobrepasaban los doscientos metros de profundidad. Muchas de ellas eran habitables y en otras se podía producir alimento.

Aunque en otros tiempos eran monumentos naturales protegidos, la supervivencia llevó a que el gobierno las ampliara y usara para albergar a los sobrevivientes del apocalipsis ambiental.

Por ejemplo, tanto el sistema de cavernas Cheve, en Oaxaca, de 1,484 metros de profundidad y 26 km de longitud, como el sistema Huautla, ubicado también en el estado de Oaxaca, de 1,475 metros de profundidad y 62 km de longitud; se excavaron y ampliaron para transformarlos en ciudades subterráneas que albergaran a los sobrevivientes.

En ellos se instalaron ascensores, generadores solares y la tecnología necesaria para que los sobrevivientes pudiesen morar en incluso

trabajar dentro de las cavernas, lejos de las temperaturas extremas del exterior.

Algunos sistemas de cavernas se usaron casi exclusivamente como viviendas. Ese fue el caso del sistema Purificación, en Tamaulipas; de 953 metros de profundidad y 94 km de longitud; que, por tratarse de un laberinto subterráneo, fue ampliado a 200 kilómetros de longitud para albergar a los sobrevivientes de las ciudades que el mar Caribe había inundado y destruido después de varios poderosos huracanes. Después de la devastación, estas cavernas quedaron a unos cuantos kilómetros de distancia del mar.

Así fue como los mexicanos pensaron que habían encontrado la forma de sobrevivir al apocalipsis. Pero no sería tan sencillo...

Con los años, el agua empezó a escasear en el sistema Purificación, en Tamaulipas, debido a que la evaporación era muy alta por las temperaturas extremas. Muchos ríos se secaron; incluso algunos de los ríos subterráneos que mantenían con vida a los moradores de las cavernas. Por esa razón, muchos de ellos terminaron por aceptar la invitación de la potencia del norte, para ir a poblar las colonias del polo.

La falta de agua y alimentos, hizo que después de trescientos años, sólo quedaban unas veinte mil personas en los dos sistemas de cuevas del estado de Oaxaca.

En una de esas comunidades, vivía Juan, un joven mexicano que como sus contemporáneos; estaba muy preocupado por su futuro. Al igual que su padre, Juan creía en un ser divino, al que siempre le rogaba por una salida a sus problemas. La expectativa de que la leyenda del paraíso conservado al sur fuese cierta, le daba alguna esperanza. Un día, Juan tuvo una visión.

Estando en una de las galerías del sistema Ox Bel Ha; Juan vio que algo empezaba a brillar con una luz intensa. La luz se transformó en una forma humana, un ser de luz con una medalla en forma de estrella de ocho puntas en su pecho, y que empezó a hablarle:

—Debes hacer un viaje, tú y los que te acompañarán —dijo el ser de luz—. No te preocupes, no irás solo; las personas correctas se decidirán a acompañarte.

—¿A dónde iré? —preguntó Juan muy asustado.

—Irás al Sur Profundo, en la Patagonia del Pacífico, yo mismo guiaré tu camino —dijo el ser de luz.

—¿Allá es donde está el paraíso? —preguntó Juan.

—En ese lugar habrá un concilio, y debes estar presente. Es la única forma de salvar lo que les queda —afirmó el ser de luz—. Es hora de irme, tu padre viene y quiere saber si le acompañarás a la superficie esta noche.

Entonces el ser desapareció de la vista de Juan, y el joven creyó haberse vuelto loco. No podía creer que en realidad hubiese visto y escuchado algo sobrenatural. Pero en ese momento llegó su padre, y le dijo:

—Hijo, necesito que nos acompañes a la superficie esta noche, yo sé que nunca vamos a la superficie; pero queremos ver si algo ha cambiado.

Juan no podía creer que su propio padre le confirmara que su visión fuese cierta.

Esa noche, en la superficie, Juan le contó a su padre y a sus compañeros acerca de la visión que había tenido, y ninguno pareció

creerle. Muchos de ellos empezaron a pensar que se estaba volviendo loco.

La comunidad de los turcos

Cuando las temperaturas se empezaron a volver extremas, y la población empezó a reducirse drásticamente, el gobierno turco empezó a mirar hacia una solución ancestral que siempre tuvieron a mano.

A 320 km al sur de la ciudad de Ankara, en pleno desierto de Anatolia Central, se encuentra la región de Capadocia. Allí existían unas 37 ciudades subterráneas que empezaron a ser construidas unos 3.000 años antes; pero que habían sido abandonadas o explotadas por el turismo.

Las ciudades subterráneas de Capadocia tenían eficientes sistemas de ventilación, pozos de agua, mezquita, cocinas, bodegas, y hasta talleres para forjar herramientas y armas, pues originalmente fueron construidas como refugio para los tiempos de guerra.

La más grande de ellas se llamaba Derinkuyu, que en su esplendor tenía 18 pisos y unos 85 metros de profundidad, con espacio para 20.000 habitantes.

La ciudad subterránea de Derinkuyu tenía unas 600 puertas que daban directamente a los patios de las casas en la superficie, y estaba estructurada con unos 15.000 ductos de ventilación excavados, que permitían que el aire fresco circulara hasta lo profundo de la ciudad.

El gobierno turco se decidió por un plan ambicioso para reparar y modernizar todas las ciudades subterráneas de Capadocia con el objetivo de habitarlas de nuevo, y construir muchas más; con la

intención de salvar a la escasa población que sobrevivió a los primeros años de apocalipsis global.

Con el tiempo, todas las ciudades subterráneas de la capadocia fueron reconstruidas y modernizadas. Unos cuatro millones de turcos vivían en esas ciudades subterráneas cuando el apocalipsis global se hizo más severo. En ese tiempo, los turcos se enorgullecían de haber salvado su patria y sus costumbres ancestrales.

Pero cien años después, los acueductos que sustentaban las ciudades subterráneas empezaron a secarse. Ante la falta de agua, el alimento también empezó a escasear, y la población se redujo al punto que, trescientos años después del apocalipsis, sólo quedaban diez mil personas en Derinkuyu, la única sobreviviente de las cien ciudades subterráneas que el gobierno administraba.

Un día, la comunicación entre los moradores de Derinkuyu y el gobierno turco se detuvieron súbitamente. Nunca se supo lo que sucedió con la clase gobernante de Estambul y de Ankara. Ahora, los moradores de Capadocia estaban solos, y quizá eran los únicos turcos sobrevivientes.

Quinientos años después del inicio del apocalipsis global, un joven turco de nombre Alí. subía las escaleras que comunicaban a la mezquita con el taller de electrónica en el que trabajaba, cuando sin querer, escuchó una conversación:

—He tenido un sueño —dijo un hombre.

—¿Qué has soñado? —le preguntó el Imán (la persona que dirige las oraciones en el Islam).

—Un ser de luz se me apareció en un sueño —dijo el hombre.

—¿Un ángel? —preguntó el Imán.

—Creo que no, porque no tenía alas, y tenía una medalla de ocho puntas en el pecho —dijo el hombre.

—¿Qué te dijo esa criatura?

—Qué debemos enviar a un joven de esta comunidad a hacer un viaje al Sur Profundo —explica el hombre.

—¿A la tierra bendita? —preguntó el Imán.

—La criatura de luz no habló de la leyenda —respondió el hombre—, pero sí dijo que usted tendría que escoger a los dos hombres que van a acompañar al joven elegido.

—¿Cómo encontraremos a ese joven? —preguntó el Imán.

—La criatura de luz me dijo que hablara con usted sobre esto, y que, en ese momento, el joven elegido estaría escuchando —dijo el hombre.

—Aquí no hay ningún joven —dijo el Imán mirando alrededor.

—La criatura dijo que estaría detrás de la puerta —dijo el hombre, y abrió la puerta sorpresivamente, para encontrar a Alí con una mezcla de susto y sorpresa.

—¿Eres tú quién hará ese viaje Alí? —preguntó el Imán y Alí enmudeció.

—La criatura de luz me dijo que el joven tendría el mismo sueño que tuve yo —dijo el hombre.

—¿Tuviste ese mismo sueño Alí? —preguntó el Imán.

—Sí, señor, tuve ese mismo sueño —dijo Alí.

—¿Puedes probarlo? —preguntó el Imán.

—No puedo, señor —respondió Alí.

—Sí puede —dijo el hombre, y a continuación dijo algo en el oído del Imán.

—¿Qué se supone que vas a hacer al Sur Profundo? —le preguntó el Imán a Alí.

—Es algo sobre un concilio para salvar lo que queda de la humanidad.

Al escucharlo, el Imán le dijo:

—Prepárate, en siete días saldrás en ese viaje.



XLIV HIMALAYAS

Disha era una hermosa joven de cabello negro rizado, descendiente de los sobrevivientes de la catástrofe. Ella se encontraba caminando por un túnel, en el que entraba un poco de luz desde el exterior.

En cierto lugar especial, Disha se detuvo y se sentó sobre una roca que parecía tallada con la forma de una silla rudimentaria. Entonces la joven cerró sus ojos y entró en trance; tal como lo había aprendido de su padre y este a su vez de su abuelo. Era la manera que ese pueblo había descubierto para distraerse por horas y mantener su salud mental, a fin de enfrentar la difícil vida que llevaban.

En estas profundas meditaciones, Disha viajaba a hermosos mundos llenos de vida y paz, con mares plétóricos de seres luminosos, tierras cubiertas de bosques compuestos por gigantescos árboles y seres inteligentes que habían aprendido a evolucionar en armonía con su mundo.

Y cada vez más frecuentemente comenzó a sentir una presencia, un alma plena. Pero al salir del trance se enfrentaba a la realidad.

Su pueblo constaba de alrededor treinta mil habitantes, distribuidos en cavernas estratégicamente enclavadas en las laderas de los altos de la cordillera del Himalaya.

Había varios de estos poblados dispersos por la cadena montañosa, y mantenían un constante intercambio. Además, se acostumbraba matrimonios entre jóvenes de distintos asentamientos de manera de reducir por un lado el riesgo de endogamia, y por otro afianzar lazos de amistad, pues al final estaban todos emparentados.

Tenían un sistema de exclusas dispuestas a diferentes alturas, algunas situadas a miles de metros de altura de diferencia, que permitían, a través de la diferencia de temperatura entre los extremos, regular la temperatura interna y además crear corrientes de aire que mantenían

las cavernas frescas. Además, en las cimas de las montañas más altas aun había condensación de agua, la cual era captada y canalizada para alimentar cultivos y las siembras de larvas de insectos, que constituían el principal aporte de proteínas.

Disha se dedicaba a mantener esas siembras, en las que se aprovechaban todos los desechos orgánicos generadas por la comunidad. Su trabajo era un verdadero arte, lo que le hacía sentir tremendamente útil. Además, en contraste con el aterrador mundo exterior, su pueblo le ofrecía a ella seguridad y felicidad.

Pero en los últimos cincuenta años era clara la disminución del agua, lo que estaba poniendo en problemas la supervivencia de ese grupo.

Disha era extremadamente eficiente y sistemática para optimizar la viabilidad de los cultivos a su cargo. Distribuía el agua ensayando diferentes planificaciones de manera de aprovechar hasta la última gota, igualmente los insumos y desechos. Todo su día, desde el alba al anochecer, lo tenía sistematizado con un cronograma que seguía exactamente al pie de la letra. Ella sentía que esa estructura le daba certidumbre a su vida.

Su pueblo eran los descendientes de grandes civilizaciones antiguas del sur del Himalaya; lugares donde antes de apocalipsis global coexistían naciones populosas como La India y Bangladesh, que combinados con países más pequeños como Nepal y Bután, además de parte de la población de otras naciones vecinas, sumaban más de dos mil millones de habitantes.

Cuando Mumbai y las otras grandes ciudades costeras de la India quedaron bajo el mar, y millones de personas perdieron la vida en esas catástrofes; los indios empezaron su emigración al norte. Lo mismo hicieron los pobladores de las naciones vecinas. Pero eran

demasiados, así que la falta de alimentos diezmó a las poblaciones que durante años estuvieron en continuo movimiento hacia el norte.

Además, al aumentar las temperaturas, el agua empezaba a escasear, haciendo que las enfermedades infecciosas prevenibles causaran más y más muertes. Debido a eso, fueron relativamente pocas las personas que alcanzaron a establecerse en la vecina del norte, Nepal, donde las temperaturas cercanas a las grandes montañas de la cordillera del Himalaya eran más soportables.

Cien años después del inicio del apocalipsis global, sólo quedaban unos 200 millones de personas en el territorio en el que había casi dos mil millones de personas.

Con el tiempo, las temperaturas aumentaron aún más, y el tsunami de fuego acabó con la escasa población que resistía en los territorios del sur. El calor inesperado provocó que los habitantes del Himalaya se refugiaran en cuevas que fueron ampliando y reforzando hasta formar las comunidades que lograron sobrevivir.

Los representantes de aquella mezcla de etnias resultante de esas migraciones se hacían llamar Himalayas, tal como las montañas sagradas que les habían salvado la vida. Cuatrocientos años después de empezar el apocalipsis global, sólo quedaban unos cien mil himalayitas en las cuevas de la cordillera.

Los pobladores estaban esperanzados, creían que sus dioses les habían dado el justo castigo por contaminar el planeta; pero que ellos, desde las montañas sagradas del Himalaya, tendrían el honor de ser los antepasados de la nueva población mundial, una que cuidaría del ambiente y no repetiría los errores de sus ancestros.

Por eso, su cultura se basa en principios de conservación ambiental, en el equilibrio natural y la sustentabilidad; pero sobre todo en altos

niveles de espiritualidad, que elevan al hombre más allá de los bienes materiales y le alejan de la codicia que causara toda esta tragedia ecológica.

Sus esperanzas se vieron reforzadas por un sueño especial, que, de manera simultánea, tenían algunas personas. Se trataba de un sueño en el que se les mostraba un paraíso, al sur, en el que las personas vivían en paz con la naturaleza. Tomando y devolviendo lo que necesitaban sin dañar ni destruir nada. Así nació entre ellos la leyenda del paraíso en el sur. Un paraíso que algunos pensaban que sería la responsabilidad de sus descendientes, y otros pensaban que ya existía ese paraíso en el extremo sur del planeta.

Los himalayitas pensaban que lo peor ya había pasado, pero no sería tan fácil...

Quinientos años después de empezar el apocalipsis global, la población de la cordillera seguía reduciéndose; y sólo unas treinta mil personas poblaban el Himalaya. Para empeorar las cosas, hacía tres años que rugía una tormenta seca, hecha de arena y fuertes vientos, que no permitía viajar al poblado más cercano, a tres días de camino.

Disha sentía un temor especial por esa tormenta de arena, pues se había desatado poco después de que su padre, Ermandum, iniciara un viaje del cual jamás regresaría.

Ermandum, empezó a escuchar unas voces que le revelaron que la destrucción de su pueblo era inminente, y que debía buscar un lugar más seguro para ellos, a fin de llevarlos allá y salvarlos de la destrucción. Pero Ermandum había nacido en esa cordillera, y nunca había viajado más allá de los límites del Himalaya. Por eso, al principio, se negaba a salir en ese viaje tan peligroso.

Pero luego de años de escuchar esas voces, por fin Ermandum se había convencido de que era indispensable salir de ahí antes que fuera tarde, y acompañado de unos pocos, emprendió esa travesía a lo desconocido con la idea de regresar por el resto una vez encontraran alguna ruta segura.

Un par de meses después de la partida de su padre, Disha sintió claramente que su padre ya no regresaría.

Esta certeza hizo que Disha desarrollara un odio especial por esas voces interiores que influyeron en la suicida decisión de su padre, y le hizo sentir aún más terror al mundo exterior.

Una noche, Disha tuvo un sueño muy especial: en ese sueño, un ser de luz se le aparecía, tenía la forma de una mujer, pero en su pecho tenía una medalla con la forma de una estrella de ocho puntas.

En ese sueño, el ser de luz le decía:

—Te necesitamos Disha, el concilio no puede realizarse sin tu presencia.

—¿Qué concilio? —preguntó Disha.

—El que debe realizarse en el Sur Profundo, para tratar de salvar lo que nos queda —respondió el ser de luz.

—No saldré de aquí —respondió Disha tajante.

—Volveré mañana, y responderé tus preguntas —le dijo el ser de luz con paciencia.

—No tienes que molestarme, no tengo preguntas —respondió Disha, pero su mente estaba llena de preguntas.

Al día siguiente, Disha no podía dejar de pensar en ese asunto. Muchas preguntas rondaban su mente, pero estaba convencida de que no debía correr la misma suerte que su padre, y no debía escuchar a esas voces internas.

Esa noche, volvió a soñar...

—Eres muy importante, sin tu presencia el concilio no puede realizarse. Debes hacer el viaje al Sur Profundo —le dijo el ser de luz.

—¿Fuiste tú quién habló con mi padre? —preguntó Disha.

—No, yo no hablé con tu padre —respondió el ser de luz.

—¿Quién habló con mi padre? —preguntó Disha.

—Aún no lo sé —dijo el ser de luz—, pero podemos saberlo si nos unimos en el concilio.

—No iré a ninguna parte. Además, no puedo salir con esta tormenta de arena —dijo Disha.

—A partir de mañana —dijo el ser de luz—, la tormenta de arena empezará a detenerse, y en tres días podrán ir a visitar el poblado más cercano. Pero no te dejarán ir, volveremos a hablar cuando los hombres regresen de allá.

En efecto, tal y como había dicho el ser de luz, después de tres años, la tormenta amainó, y los hombres no permitieron que Disha los acompañara a visitar el poblado cercano. Allí vivía el prometido de Disha, con el cual había consentido votos para casarse el año siguiente. Pero pasaron tres años sin que supieran nada el uno del otro debido a la tormenta.

Sin embargo, los integrantes del grupo regresaron con espantosas noticias:

Casi a medio camino, encontraron a la mayor parte de sus habitantes muertos y con sus cuerpos casi enterrados en la arena. Claramente habían tratado de buscar refugio donde ellos; pero la tormenta los había ahogado mucho antes de poder llegar.

Cuando los hombres llegaron a donde estaba el poblado que tenía un sistema de vida similar al de ellos, pero en una montaña algo más pequeña; pudieron corroborar que desde hacía un tiempo que ya no tenían agua, y por tanto, no pudieron esperar a que la tormenta terminara.

Fue la desesperación lo que les obligo a hacer ese último intento desesperado por llegar hasta la seguridad de la montaña en la que vivía Disha; el prometido de Disha también lo intentó, pero tampoco lo logró. Disha lamentó su segunda gran pérdida en corto tiempo.

En la comunidad de Disha, los moradores de más experiencia se reunieron en un concejo, en el que entendieron que lo mismo les estaba ocurriendo a ellos, y si no hacían algo urgente; todos iban a morir. Entonces, recordaron al padre de Disha, y la hicieron venir al concejo para saber más del asunto de su padre.

—Cuando tu padre nos habló de este terrible desastre, nosotros no quisimos creerle —dijo uno de los hombres de experiencia del concejo.

—Tu padre nos dijo que se avecinaba una tormenta de arena que duraría tres años, y que él tenía que hacer algo para salvar algunas vidas —agregó una de las mujeres con experiencia del consejo.

Disha quedó admirada al enterarse de lo que su padre sabía sobre la tormenta.

—Nosotros tratamos de disuadirlo —dijo otra de las mujeres del concejo—, pero en honor a la verdad, él fue el único con la valentía de hacer algo para tratar de salvar vidas. Ahora vemos que tenía razón, y que debimos apoyarlo.

Disha lo pensó por un momento y dijo:

—He tenido un sueño en el que un ser de luz me dice que debo hacer un viaje al Sur Profundo.

—¿Cuándo tuviste ese sueño? —pregunto uno de los hombres del concejo.

—Hace unos días —respondió Disha—. Ese ser de luz me reveló que la tormenta de arena se calmaría en tres días, y que no me permitirían ir a visitar al poblado cercano.

—¿Cómo llegarás a ese lugar en el Sur profundo? —preguntó una de las mujeres del concejo.

—No sé por qué, pero tengo toda la ruta en mi mente, es un plano absolutamente preciso de cómo realizar ese viaje; como si yo ya lo hubiese hecho —respondió Disha.

—¿Crees que exista el paraíso en el sur como dice la leyenda? —le preguntó otro de los hombres del concejo.

—No lo sé, antes no lo creía, pero ahora, después de todo lo que ha pasado, ya no estoy segura de nada —dijo Disha.

—¿Qué más te dijo ese ser de luz? —preguntó otra de las mujeres del concejo.

—Me dijo que volveríamos a hablar después de que los hombres volvieran de visitar el poblado cercano —respondió Disha.

—Si decides ir en ese viaje, nosotros estamos dispuestos a darte lo que necesites; no queremos volver a cometer el error que cometimos con tu padre —concluyó una de las mujeres del concejo.

Esa noche, Disha volvió a soñar con el ser de luz:

—Tú eres la pieza más importante de concilio, es muy importante que vayas al Sur Profundo —le dijo el ser de luz.

—Todos murieron, hasta mi prometido murió —dijo Disha.

—Nosotros debemos hacer algo para salvar lo que nos queda —dijo el ser de luz—, por eso, debes ir en ese viaje.

—Estoy dispuesta a ir —dijo Disha decidida—. No sé cómo lo sé, pero sé cómo llegar allá. ¿Cómo es posible que tenga la ruta tan clara en mi mente?

—Eres la única poseedora de ese mapa al paraíso del sur, porque eres la única persona en el mundo que cuenta con la fuerza espiritual suficiente como para establecer una comunicación segura y clara con los guías del Sur —explicó el ser de luz.

—Pero no tengo los recursos para hacer ese viaje —replicó Disha.

—Debes llevar contigo algunos espíritus puros, y recoger a todos los espíritus puros que irían a encontrarse en tu camino —dijo el ser de luz.

—¿Por qué hay espíritus puros en nuestro pueblo? ¿Qué tenemos de especial? —preguntó Disha.

—Es por los miles de años de meditaciones y espiritualidad que siempre han caracterizado a tus antepasados y que heredaron los himalayas —explicó el ser de luz—. Estas meditaciones crearon una cápsula de pureza que ha permitido a sus últimos habitantes conservar

un nivel áureo superior, y tú eres la directa heredera de todo aquello que tus antepasados han construido en el mundo espiritual.

¿Dónde encontraré a los espíritus puros que me acompañarán en ese viaje? —preguntó Disha.

—Mañana temprano encontrarás al primero de ellos al salir de tu casa —dijo el ser de luz—, cuando lo reconozcas; podrás reconocer también a los otros espíritus puros. De aquí saldrán sólo tres, pero hay otros espíritus puros de menor jerarquía que la tuya que encontrarás en tu camino, recuerda que tú eres especial.

Para Disha, no quedaba más opción que confiar en que la leyenda era una realidad, y emprender un peligroso viaje al Sur Profundo.

Al día siguiente, al salir de su casa Disha se encontró con una de sus amigas de la infancia, Nagala.

—Voy a hacer un viaje al Sur Profundo —le dijo Disha a su amiga.

—¿Por qué? ¿Estás volviéndote loca? ¿No sabes que es peligroso? ¿No te enteraste de lo que les sucedió a esas pobres personas que salieron de su montaña? —preguntó Nagala asustada.

—Sí, pero tengo que ir, es la única oportunidad que tenemos para salvar lo poco que nos queda —explicó Disha.

En ese momento, Disha tomó la mano de Nagala para despedirse de ella, y para sorpresa de Disha; su amiga Nagala entró en un trance involuntario y le dijo:

—Veo un ser brillante, con una estrella de ocho puntas en su pecho, que está hablando contigo —dijo Nagala con la mirada perdida.

—Sí, ese es el ser de luz...

—¡Silencio! —le ordenó Nagala— Estoy escuchando lo que ese ser te dice.

Después de un momento, Nagala salió de la extraña experiencia y le dijo a Disha:

—Ahora sé que no estás volviéndote loca, es verdad lo que dices y quiero acompañarte en ese viaje.

Disha ya tenía su primera compañera, así que continuó despidiéndose de algunas personas, pero sólo una de ellas tuvo es mismo extraño trance que tuviera Nagala, fue un joven de nombre Pradesh, que después de la visión quedó convencido de que tenía que ir en ese viaje.

El consejo de sabios de su comunidad dio a los tres jóvenes, tres recipientes de madera con agua para cargar a sus espaldas, con la esperanza de que la madera conservara el agua a una temperatura agradable para beber, comida y ropa apropiada para el viaje.

Por su parte, Disha talló tres estrellas de ocho puntas y los tres las colgaron como medallas en sus pechos. Además, Disha llevó huevos de insectos para cultivar algo de proteínas durante el camino. Así empezó para los tres himalayas, el largo viaje hacia el Sur Profundo.

XLV EL LLAMADO



En la comunidad de la Silicón City...

Bob estaba convencido de que tenía que hacer ese viaje, hace mucho que quería tener la oportunidad de salir de la Scity; el problema ahora sería cómo lograrlo.

Debido a las temperaturas extremas en el exterior y al descenso de la población, los administradores de la Scity la habían convertido en una prisión benigna. No se permitía a nadie aventurarse al exterior y pusiese en peligro su vida. Así que salir en realidad significaba escapar.

Bob sabía que, si le contaba a alguien sobre sus planes, cualquiera podía denunciarlo y la administración lo pondría bajo “vigilancia”, para que no intentase huir. Por esa razón, empezó a planear su escape de la Scity en soledad.

Lo primero fue conseguir ser voluntario en las rondas de vigilancia exterior, que se hacían poco antes del amanecer y unos minutos antes del anochecer. Estas rondas de vigilancia se hacían con el propósito de examinar la estructura exterior de la Scity aprovechando la luz del amanecer o del ocaso, así como verificar que los aparatos exteriores de lecturas climáticas estuviesen en buen funcionamiento.

Con un poco de esfuerzo, Bob logró que se le incluyera en un grupo de voluntarios temporales.

Los “vigilantes nocturnos”, como se llamaba a estos hombres que salían de la Scity con trajes especiales como si fuesen astronautas. Tenían el privilegio de ver con sus propios ojos, algunas cosas que los moradores de la Scity sólo veían en pantallas.

Cuando caía la noche, los cristales que coronaban la cúpula de la Scity eran cubiertos por una compuerta; a fin de que la energía de la ciudad no fuese irradiada al exterior. Por eso, la primera vez que Bob salió al exterior durante el ocaso, pudo ver cómo caía la noche y todo se

oscurecía; pero al terminar su trabajo y volver a la Scity, Bob quedó fascinado con la apariencia del cielo nocturno.

Era la primera vez que Bob veía la luna y las estrellas con sus propios ojos, y esa experiencia lo dejó pasmado.

Sus compañeros empezaron a reír al verlo embelesado mirando al cielo.

—Si quieres llorar, puedes hacerlo —le decían y se reían.

Otros muchos hombres habían llorado al ver por primera vez el cielo nocturno. Por eso, ellos se burlaban de los nuevos vigilantes de esa forma.

Los días siguientes, Bob empezó a llevar algunas cosas escondidas y a dejarlas “olvidadas” en el exterior: pequeños envases con agua, un bolso vacío, comida no perecedera, ropa y algunas herramientas.

Unos días después, mientras se quitaban los trajes especiales en el vestidor, después de volver de una ronda de vigilancia, uno de sus compañeros, llamado Steve, le dijo:

—Tengo que decirte algo cuando él se vaya —dijo refiriéndose a su otro compañero.

Así que Bob empezó a demorarse en cambiarse, y cuando el otro compañero salió de los vestidores, Steve le dijo:

—Sé lo que estás haciendo, pero no sé por qué lo haces.

—¿A qué te refieres? —dijo Bob— No estoy haciendo nada malo.

—Has estado dejando cosas en el exterior —le dijo Steve—, debes decirme qué pretendes hacer.

—No quiero hacer nada —dijo Bob.

—Entonces no te importará que le diga a nuestro supervisor que estás dejando provisiones en el exterior —le dijo Steve.

—Está bien —dijo Bob resignado—. Estoy planeando un viaje al Sur Profundo.

—¿Tú crees en esas leyendas? —le preguntó Steve.

—Sí, estoy seguro de que hay algo allá y voy a encontrarlo —dijo Bob.

—Yo quiero ir contigo —le dijo Steve—, he estado dejando algunas cosas afuera también.

—Está bien —dijo Bob sorprendido—, yo quiero irme la próxima semana.

—No será posible la próxima semana —le dijo Steve—. Me han informado que mañana será nuestra última salida, porque vendrá un grupo especializado para reparar una grieta en el muro.

—No estoy listo todavía —dijo Bob.

—Tendrás que estarlo, mañana será nuestra última oportunidad —le dijo Steve.

Era cierto, a los voluntarios se les usaba una vez a cada 10 años, así que, si no era al día siguiente, Bob debía esperar diez años para salir.

Esa noche, Bob fue al túnel del metro para meditar, necesitaba la certeza de que debía salir al día siguiente en ese viaje tan peligroso sin estar bien preparado para lograrlo.

En sus meditaciones, veía la carretera interminable y los otros autos que pasaban a su lado, la medalla con forma de estrella ya no estaba

en el tablero del auto, sino colgada a su cuello. De pronto, el ser de luz se le apareció:

—No tengas miedo, los tres irán en ese viaje y yo los dirigiré para que lleguen al Sur Profundo y puedas estar a tiempo en el concilio.

—Sólo somos dos —respondió Bob.

—Mañana empezará tu viaje, debes actuar con valentía —le dijo la voz, y su visión desapareció.

Al día siguiente, el grupo de tres vigilantes llegó al vestidor para cambiarse de ropa antes de salir al exterior. En cierto momento, Steve tomó el extintor de incendios y golpeó en la cabeza a su compañero.

—¡Qué has hecho! —le dijo Bob— ¡Te volviste loco!

—Él nos hubiese denunciado por radio y nos hubiesen capturado, además, necesito su traje —dijo Steve mientras abría la puerta de su vestidor. De donde salió una bellísima mujer de ascendencia afroamericana.

—¿Quién es ella? —preguntó Bob sorprendido.

—Es Lorena Miles, mi novia, no puedo irme sin ella —dijo Steve.

Bob puso sus manos sobre su cabeza, pero recordó que la voz del ser de luz le había dicho que eran tres los que viajarían.

—No te quedes ahí, vístete rápido, debemos salir —le dijo Steve al verlo inmóvil de sorpresa, mientras él le quitaba el traje al hombre desmayado en el suelo.

La chica se puso el uniforme del hombre que yacía desmayado y los tres salieron de la Scity, dejaron sus radios en uno de los puestos donde están los aparatos de medición climática, y Bob, Steve y

Lorena, siguieron su camino al mar durante la noche, disfrutando de la luna llena, y de las estrellas, mientras se dirigen al Sur Profundo. Durante la travesía ella hizo gala de una hermosísima voz, tatareando viejas canciones, lo que llevo a todos a un estado de paz y esperanza.

En la comunidad de Yan'an...

Han Li debía reunir al equipo que le acompañaría en el viaje, pero era tan tímido que ni siquiera le había preguntado a la chica cómo se llamaba. Así que fue a buscarla.

La encontró en uno de los huertos profundos en los que algunas mujeres trabajaban plantando algunas hortalizas para evitar el exceso de luz solar, que amenazaba con chamuscar las plantas.

—Mi nombre es Han Li —le dijo—, pido disculpas por no presentarme el otro día; estaba un poco sorprendido.

—Me llamo Mei Zhao, y yo también me sorprendí al ver tu medalla.

—El ser de luz volvió a hablar conmigo...

—Y te dijo que saldremos en cuento el equipo esté completo —le interrumpió Mei.

—Sí —dijo Han Li sorprendido—. ¿Sabes de alguien que quiera acompañarnos?

—No, yo no creo que nadie esté tan loco como nosotros —dijo Mei—
¿Quién querrá dejar la seguridad de Yan'an para ir al sur donde todos saben que las temperaturas son insostenibles?

Yo quiero ir —dijo una chica que escuchaba la conversación y trabajaba en el huerto.

—¿Sabes de qué estamos hablando? —le preguntó Han Li.

La chica le mostró su medalla de ocho puntas que colgaba de su cuello, y le dijo:

—Me llamo Lian, el ser de luz me dijo que yo sería la última del equipo en ser invitada. Y que les dijera que saliéramos lo más pronto posible.

—¿Sólo seremos tres? —preguntó Mei.

—Así parece —dijo Han Li—. Prepárense para que salgamos en siete días.

Abandonar la seguridad de los yaodongs fue especialmente difícil para Han Li, pero Mei y Lian estaban decididas a emprender el viaje, y él debía disimular las dudas que sus propias inseguridades le causaban, a fin de liderar al grupo en tan peligrosa travesía.

Siete días después, Mei, Lian y Han Li, cargados con mochilas llenas de agua y ropa para protegerse del sol, emprendieron su viaje al Sur Profundo. Han había destinado si un espacio a su preciado saxofón, instrumento que había aprendido a tocar con dedicación y que había sido heredado de generación en generación hasta que llegó a sus manos.

En la comunidad de la Amazonia

Akuna bajó del tepuy Kukenán muy asustada, acababa de ver a una criatura de luz que le dijo que debía hacer un viaje al Sur Profundo. Por eso, la chica fue directamente a consultar con el viejo shamán.

—He tenido una visión —dijo Akuna—, y no sé qué hacer.

—Has visto un ser de luz —le dijo el viejo shamán con tranquilidad.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Akuna sorprendida.

—Nunca te dejaría ir sola al monte de la muerte, el Kukenán pudiera tragarte —le dijo el viejo shamán.

—¿Usted me sigue todo el trayecto? —pregunto Akuna sorprendida,

—Ja, ja, ja, ja —se rio el shamán a carcajadas—. Soy un viejo, ¿cómo pudiera yo saltar de roca en roca como tú lo haces? No, pero es mi espíritu el que te acompaña para que el Kukenán no te trague.

—¿Es la primera vez que usted ve un ser de luz? —preguntó Akuna.

—No, pero es la primera vez en mi vida que veo un ser de luz que lleve una extraña medalla con forma de estrella de ocho puntas en el pecho —dijo el shamán.

—¿Qué significará esa medalla? —preguntó Akuna.

—Debe representar algo importante —dijo el shamán—, ¿qué te dijo el ser de luz?

—¿Usted no lo escuchó? —preguntó Akuna.

—Cuando mi espíritu te acompaña al Kukenán —explica el viejo shamán—, no puedo quitar mis oídos de aquí, porque como ya soy un viejo, si me encuentran en trance pensarán que he muerto, y tu pasas muchas horas allá. Cuando salga del trance pudiera ya estar enterrado —y se ríe.

Akuna se ríe y dice:

—El ser de luz me dijo que tenía que hacer un viaje al Sur Profundo, a la aldea de la leyenda. Me dijo que no iría sola y que él me guiaría en el camino.

—¡Es extraordinario! Por fin ha sucedido —dijo alegre el viejo shamán.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Akuna.

—Por fin los dioses están reuniendo a las semillas de la nueva humanidad —dijo el viejo shamán—. Mañana, vuelve aquí, yo te diré lo que harás.

Akuna se fue a su cueva, y esa noche, el shamán entró en trance para intentar averiguar quiénes acompañarían a Akuna en su viaje al Sur Profundo.

Luego caminar lentamente hasta los pies del tepuy Kukenán, y sentarse en una piedra de la montaña sagrada; el viejo shamán entró en trance y logró elevarse lo suficiente para llegar al nivel de los grandes maestros.

Entonces, dos espíritus aparecieron frente a él, sentados en unas piedras que no existían antes de ellos aparecer. Al estar reunidos los tres, el viejo shamán preguntó:

—¿Qué sucederá en el Sur Profundo?

—Habrá un concilio compuesto por ocho almas puras —dijo la voz de uno de los maestros espirituales.

—¿Cuál será el objetivo de ese concilio? —preguntó el viejo shamán.

—Ellos tratarán de salvar a la humanidad —respondió la voz del otro maestro.

—¿Tratarán? Quiere decir que...

—La humanidad ha sido capaz de destruirlo todo a su paso —dijo la voz del primer maestro—, pero nadie sabe si será capaz de remediar el daño que ha causado.

—¿A quiénes debo enviar junto con Akuna? —preguntó el viejo shamán.

—Sólo dos más, un hombre y una mujer —dijo la voz del segundo maestro espiritual—, pero no deberás buscarlos, ellos irán a donde tú estés.

—¿Volverán con vida? —preguntó el viejo shamán.

—Nadie lo sabe, pero ellos harán su mejor esfuerzo para salvar lo que nos queda —dijo el primer maestro espiritual.

La mañana siguiente, Akuna regresó a la cueva del shamán y junto con él estaban dos jóvenes más. Una joven llamada Yaruna, y un joven llamado Koaro.

Ya Akuna los había visto, pues la comunidad era pequeña y todos se conocían, aunque fuese de vista.

—Ellos te acompañarán en tu viaje al Sur Profundo —dijo el viejo shamán—. No tuve que buscarlos, los dos habían soñado que te acompañarían en ese viaje y han venido hasta aquí para encontrarte.

—¿Cree que yo merezca ese honor? —preguntó Akuna sorprendida.

—Los tres son almas puras —dijo el viejo shamán—, merecen ese honor, pero tú tienes un trabajo especial que hacer allá. Habrá un concilio, y tú participarás en él.

—¿Qué es un concilio? —preguntó Akuna.

—Es una reunión de varios representantes de diferentes regiones, geográficas o espirituales —explicó en viejo shamán—, a fin de unir fuerzas para lograr algo que cada uno por su cuenta no puede lograr.

—¿Cuándo saldremos en ese viaje? —preguntó Akuna.

—Mañana, al caer el sol —dijo el viejo shamán—. Vayan a sus casas y prepárense, lleven ropa para protegerse del sol y agua, no necesitan nada más.

Al día siguiente, al caer el sol, Akuna, Yaruna, y Koaro partieron en el viaje que les llevará al Sur Profundo. Los tres jóvenes van entusiasmados, sin tener idea de lo peligroso y lejano de su destino.

En la comunidad de los nórdicos

Brunilde estaba feliz de haber sido escogida para hacer el viaje al Sur Profundo. Creía que esta vez sí podrían encontrar el paraíso perdido y volver para buscar a toda su comunidad y llevarlos allá.

Si lograba su objetivo, Brunilde sería famosa, pasaría a la historia de su pueblo, se escribirían canciones acerca de ella y sus compañeros como los salvadores de su gente, y se les admiraría, así como ellos admiraban a los valientes nórdicos que salieron de Suecia hacía doscientos años, cuando era inminente la Segunda Guerra del polo.

Rodolfo, Erna, Nicolás y Olaf, son los otros jóvenes que también fueron escogidos para hacer este viaje. Los líderes de los nórdicos le dieron a cada uno, una medalla con la forma de una estrella de ocho puntas labrada en la piedra volcánica de la isla; durante la ceremonia en la que fueron designados para esa arriesgada misión.

Ahora los cinco chicos eran unas celebridades entre las personas de su comunidad.

Pero hacía trescientos años que los nórdicos no navegaban, por lo que tuvieron que aprender de nuevo a reparar y reconstruir uno de los viejos veleros que usaron sus antepasados, y que se guardaba celosamente como una reliquia.

Los cinco jóvenes tuvieron que empezar su entrenamiento por lo más básico: aprender a nadar. El solo hecho de entrar en el agua le causaba mucho temor a Brunilde, la inmensidad del mar y la oscuridad del agua; le producían mucha desconfianza.

Por fin se armó de valor y empezó su entrenamiento para aprender tanto a nadar como a descansar flotando en el agua. Sólo podían hacerlo temprano en las mañanas y al final de la tarde, debido a que el intenso calor hacía que se formaran corrientes marinas sorprendidas que podían llevarse a los nadadores.

Una de esas corrientes se llevó a Olaf, que aprendió a nadar muy rápido, y por eso era el más confiado de todos. La corriente lo llevó unos dos kilómetros mar adentro, y estuvo nadando y descansando durante horas para poder salir, pero todos aprendieron la lección.

Después de aprender a nadar, los cinco jóvenes participaron con entusiasmo en la reconstrucción del viejo navío. Esto era muy importante para que conocieran de primera mano su funcionamiento y cómo resolver inconvenientes o reparar algún daño que el velero tuviese en alta mar. Todo era ensayo y error, porque en realidad no había nadie que tuviera certeza de los detalles acerca de cómo funcionaban los veleros. La falta de algún conocedor de los secretos de la navegación hizo que los primeros intentos fuesen infructuosos.

La primera vez que el velero reparado se puso en el mar, todos gritaron de alegría; creían que ya estaban listos para iniciar su viaje. Pero el agua empezó a entrar y el velero se hundía sin que siquiera alguien lo ocupara.

Sacarlo del agua fue más difícil, debido al peso del agua que lo inundaba; pero todo se trataba de un aprendizaje.

El segundo intento parecía más prometedor, el grupo de entusiastas que acompañaban las obras esperaron hasta cerciorarse de que el agua no entraba en el velero, para luego celebrar con gritos de alegría.

Cuando los chicos tomaron sus posiciones en el navío, y abrieron las velas, empezó a moverse y los gritos de alegría en la orilla eran mucho mayores al vaticinar el éxito de la misión. Pero a los pocos metros el velero se volteó, lanzándolos a todos al agua. Ninguno de ellos sabía qué fue lo que salió mal, pero tuvieron que abortar de nuevo.

Algo sucedía, cada vez que trataban de navegar el velero volcaba y todos eran lanzados al mar. Conseguir cuál era la falla le estaba tomando más tiempo del que habían estimado, y el grupo de entusiastas que les acompañaba ya los había abandonado al ir perdiendo la fe en ellos. Nadie entendía por qué el velero se volteaba cuando el viento azotaba las velas.

—Creo que esto no va a funcionar —dijo Rodolfo.

—¡Claro que sí va a funcionar! —dijo Erna— Se nos escogió a nosotros porque tenemos lo necesario para lograrlo.

—Pensé que sería mucho más fácil —dijo Nicolás—. Mis amigos se burlan de mí cada vez que me ven.

—Nadie dijo que iba a ser fácil —dijo Olaf—, ¿acaso a nuestros antepasados se les hizo fácil llegar hasta aquí y hacer funcionar las máquinas que sustentan los búnkers?

Erna miró a Brunilde y le dijo:

—¿Tú qué piensas? ¿Crees que lo lograremos?

—Nosotros no nos escogimos a nosotros mismos, fue el ser de luz quien nos escogió —dijo Brunilde.

—Nos escogió para hacer el ridículo —replicó Nicolás.

—Ya sé, vamos a preguntarle —dijo Brunilde—. Ese ser de luz fue quien nos escogió, debe saber qué es lo que debemos hacer.

—¿Qué haremos? ¿Le gritaremos o le escribiremos una carta? —dijo Rodolfo con sarcasmo.

—Hasta ahora sólo se ha comunicado por sueños —dijo Erna.

—Entonces vamos a pedirle, todos juntos, que nos haga soñar con la solución a este problema —propuso Brunilde, invitándolos a acercarse.

A regañadientes se acercaron Nicolás y Rodolfo, pero tanto Olaf como Erna estaban dispuestos a hacer lo que fuera para tener éxito en este viaje.

Hicieron un círculo, y tomados de las manos escucharon a Brunilde pedir la ayuda de ese ser de luz que los había designado para ese viaje:

—Necesitamos saber qué es lo que estamos haciendo mal —dijo Brunilde—, queremos dar lo mejor de nosotros, pero ya no hay nadie que conozca los secretos de la navegación. Apenas tratamos de navegar, la embarcación se voltea, es muy frustrante no saber la

respuesta. Haznos soñar con la solución, o haz que alguien más sueñe con algo que nos ayude a encontrar la solución a esto.

—El problema está en la quilla de balance —dijo una voz y los cinco chicos saltaron de emoción.

Era la voz de uno de los líderes de su comunidad, que había investigado en las antiguas cartas que se guardaban como reliquias y en la que uno de sus antepasados les explicaba cómo navegar con un velero en el caso de tener que abandonar la isla.

—¿Qué es eso de quilla de balance? —preguntó Olaf.

—Son dos piezas pesadas con forma de aletas que lleva el velero bajo el casco —explicó el hombre—, y que si no le son instaladas, el velero se vuelca como les está sucediendo a ustedes.

Con la ayuda de esas cartas, los chicos no sólo pudieron reparar el velero, sino que aprendieron el lenguaje y las maniobras que había que hacer para mantener el velero en la ruta, incluso cuando los vientos no eran favorables.

Ahora, los cinco chicos sí pudieron navegar, recuperar la confianza de sus vecinos y amigos, y practicar las maniobras necesarias para mantenerse en el rumbo correcto.

Después de recibir la bendición de los pobladores de su comunidad, que les despedían como si fuesen héroes; Brunilde, Erna, Rodolfo, Nicolás y Olaf, reunieron las provisiones necesarias, se despidieron de sus familias y desplegaron las velas, para zarpar hacia el suroeste, en dirección al Sur Profundo.

En la comunidad de los aztecas

Juan estaba muy entusiasmado con esa misión al Sur Profundo; tanto que talló una estrella de ocho puntas y la colgó en su cuello, como una forma de sentirse parte de algo que consideraba especial.

Debido a las inundaciones, el Océano Pacífico había avanzado parte del estado de Oaxaca; así que llegar al mar no sería un problema. El problema sería la embarcación que le llevara al Sur Profundo.

El ser de luz le había dicho que no iría solo; que las personas correctas se decidirían a acompañarle. Pero ¿quiénes serían esas personas?

Juan habló del asunto con su amigo Marco:

—Voy a hacer un viaje al hemisferio sur —dijo Juan.

—¿Estás loco? Allá no hay nada —respondió Marco.

—Allá hay personas, hay un lugar bueno para vivir —dijo Juan.

—¿Tú crees en eso? Estás igual de loco que Pedro, él también cree en esas tonterías, dicen que quiere construir un arca de Noé para los chapulines (saltamontes, insectos), que es lo único que hay aquí.

—¿Quién es Pedro? —preguntó Juan.

—Un loco igual que tú —dijo Marco.

—Necesito conocerlo —dijo Juan, y Marco lo llevó a donde Pedro.

Pedro era un joven artesano que hacía herramientas para distintas labores. Pero detrás de su taller subterráneo, estaba construyendo una embarcación que usaría para viajar al sur.

Cuando Juan conoció a Pedro, Marco dijo:

—Te traje a mi amigo Juan porque tiene los mismos problemas mentales que tienes tú:

—Necesito de tu ayuda —le dijo Juan a Pedro.

—¿Qué tipo de herramienta necesitas? Si puedo hacerla, con mucho gusto te ayudaré —dijo Pedro.

—Quiero ir al sur, pero no tengo una embarcación para hacer el viaje —dijo Juan.

Pedro miró con sorpresa a Juan y le dijo:

—Alguien me dijo que una persona especial vendría con un pedido así, pero ¿cómo puedo saber si esa persona eres tú?

—Un ser de luz se me apareció y me dijo que tenía que ir a un concilio en el Sur Profundo —dijo Juan.

—¿Lo ves? —dijo Marco— Él también está loco.

—A mí también se me apareció un ser de luz —dijo Pedro—, pero le he contado esa historia a mucha gente, ¿cómo puedo saber que dices la verdad?

—El ser de luz que se me apareció a mí, tenía algo como esto en su pecho —dijo Juan mostrando su medalla con forma de estrella de ocho puntas.

Pedro se sonrió, sacó una estrella parecida que colgaba en su pecho, y dijo:

—Cuenta conmigo.

—¿Qué es esto? ¿Una secta, o algo así? —preguntó Marco.

—¿Sabes de alguien más que haya recibido un mensaje de un ser de luz? —le preguntó Pedro a Marco.

—Aquí hay mucha gente que habla con extraterrestres, elfos y hasta con los insectos —dijo Marco—; pero como ya no hay manicomios, andan sueltos como ustedes.

—Debe haber alguien más que haya recibido el mensaje del ser de luz —dice Pedro.

Marco suspira y dice:

—Muy bien, ustedes ganan, hay otra persona. Vamos, mi trabajo es reunir a los locos.

Los tres se van por las galerías de las cuevas hasta una fábrica de ropa, y preguntan por María.

Una joven sale y saluda a Marco, que le dice:

—Oye, disculpa que te interrumpa, pero estos dos dicen que vieron al mismo marciano que tú viste, y que quieren ir al sur porque el tipo ese verde les dijo...

—No es verde Marco, y no es marciano —le interrumpe María, y no tengo tiempo para que tú y tus amigos me tomen el pelo.

—Pero nadie sabe qué es —dice Marco.

Juan y Pedro sacan de sus camisas sus medallas con forma de estrella de ocho puntas para que María pueda verlas.

—¡Dios mío! ¡Es verdad! —dice María sorprendida al ver las medallas, y ella sacó la suya para mostrarla.

—La secta de los estrellados —dijo Marco.

—Mi nombre es Juan, el ser de luz me dijo que tenía que estar en ese concilio en el Sur Profundo, y Pedro tiene casi lista la embarcación

con la que podemos llegar allá. Quisiéramos saber, ¿qué te dijo el ser de luz a ti?

—Que me fuera con ustedes —dijo María con sarcasmo—, y tengo dos semanas esperándolos, ¿por qué se demoraron tanto? Sí, es que son hombres, es normal.

Juan y Pedro se miraron y enmudecieron mientras Marco intentaba no reír al ver sus caras.

—Tengo listas las ropas que llevaremos para protegernos del calor y de los rayos solares —dijo María—, y los cobertores para la embarcación. El ser de luz me dijo que seríamos tres.

—¿Sólo tres? —preguntó Juan,

—Sólo caben tres en mi embarcación, es pequeña —dijo Pedro.

—Saldremos... —trato de decir Juan.

—Saldremos pasado mañana —dijo María—, tengo algunas cosas que poner en orden antes de irme en ese viaje sin regreso. Vengan a buscarme al atardecer. Fue un placer conocerlos.

María se dio la vuelta y regresó a su trabajo, dejándolos en la puerta sin haber tenido tiempo de despedirse.

—¿Están seguros de que quieren viajar con ella? —preguntó Marcos.

—Honestamente no, pero fue el ser de luz el que le dijo que nos acompañara, por algo debe ser —dijo Juan.

Un par de días después, María, Juan y Pedro, estaban a orillas del océano Pacífico, en la pequeña embarcación de Pedro, haciéndose a la mar, con destino al Sur Profundo.

En la comunidad de los turcos

Alí estaba muy ansioso por el viaje que le esperaba en menos de una semana. A fin de calmar su ansiedad, se dedicó a tallar una medalla con la forma de una estrella de ocho puntas, para colgarla en su cuello, como la que tenía el ser de luz de su sueño.

Un montón de preguntas rondaban su mente, y muchas de ellas fueron respondidas en un sueño que tuvo esa misma noche.

El ser de luz apareció de nuevo en su sueño, y le dijo:

—Vayan directamente al sur, al mar Mediterráneo, y cuando naveguen, naveguen al sur. El mundo ha cambiado, no se confíen; los mapas ya no son tan exactos.

—Ni siquiera tenemos un barco. ¿Cómo llegaremos a nuestro destino? —preguntó Alí.

—Yo mismo los guiaré hasta que lleguen a su destino —dijo el ser de luz.

—¿Cuántos más irán conmigo? —preguntó Alí

—Dos personas más te acompañarán en tu viaje —le dijo el ser de luz.

—¿Qué debo llevar? —preguntó Alí.

—Un hombre como tú es hábil cuando tiene los recursos, lleva contigo tus recursos —le dijo el ser de luz.

—¿Podremos volver? —preguntó Alí.

—Eso nadie lo sabe con certeza —dijo el ser de luz.

Al día siguiente, Alí fue a ver al Imán en la mezquita, y al recibirlo, el Imán le presentó a un joven de nombre Ismael.

—Ismael también ha soñado con el ser de luz —dijo el Imán—, y ha recibido el mensaje de que te acompañará en el viaje, pero dice que el ser de luz le dijo que sólo irán tres personas.

—Es verdad —dijo Alí—, anoche tuve un sueño en el que el ser de luz me reveló que sólo seríamos tres personas.

—Entonces, debemos encontrar al tercero —dijo el Imán.

En ese momento, un joven entró en la mezquita y se presentó delante del Imán diciendo:

—Maestro, mi nombre es Amir, anoche tuve un sueño que me inquieta.

—Entonces eres tú —dijo el Imán.

—No entiendo maestro, estoy un poco confundido —dijo Amir.

—A ver, ¿soñaste con un ser de luz? —preguntó el Imán.

—Sí, ¿cómo lo sabe? —dijo Amir sorprendido.

—¿Acaso ese ser de luz tenía una medalla con la forma de una estrella de ocho puntas en su pecho? —preguntó el Imán.

—¿Usted tuvo el mismo sueño? —preguntó Amir sorprendido.

—¿Qué te dijo el ser de luz? —preguntó el Imán.

—El ser de luz me dijo que otro joven y yo teníamos que hacer un viaje al Sur Profundo —explicó Amir—, nuestra misión era acompañar a una persona de nombre Alí.

—Él es Alí—dijo el Imán—, e Ismael es el otro joven que viajará con ustedes.

Ismael metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó una medalla de piedra con la forma de una estrella de ocho puntas y se dio a Amir, diciendo:

—El ser de luz me dijo que la tallara para ti.

Seis días después, el Imán les había conseguido todo lo necesario para empezar su viaje, y al atardecer, Alí, Ismael y Amir partían con destino al sur, al Sur Profundo.



—XLVI LA ÚLTIMA EMIGRACIÓN

Disha, Nagala y Pradesh iniciaron este viaje caminando hacia el este, Disha tenía en su mente un mapa detallado del recorrido, aunque nunca en su vida lo había hecho.

Cuando empezó a despuntar el alba, Pradesh vio que el sol estaba saliendo frente a ellos, y se percató de que caminaban en dirección este, por eso preguntó:

—¿Por qué no vamos al sur?

—Porque tenemos que evitar las áreas de calcinación siguiendo la dirección de la cordillera, donde el clima es más soportable.

—¿Quieres decir que es más lejos por aquí? —preguntó Nagala.

—Sí —respondió Disha— debemos rodear las zonas más calientes para buscar el curso de los antiguos ríos.

Los viajeros se dirigían a lo que quinientos años antes era el Reino de Bután. Pero con montañas desérticas y calor de verano, a pesar de la altitud.

Cuando encontraban una cueva, dormían durante las horas más calientes del día, y pasaban toda la noche caminando. Su alimento eran las larvas de los insectos que Disha había traído consigo, y que cultivaba en las cuevas en las que pernoctaban; pero su reserva de agua ya se estaba agotando.

Una noche, después de caminar durante semanas, Nagala le dijo a Disha:

—Necesitamos encontrar agua, ya no nos queda casi nada.

—Pronto llegaremos a un lugar en el que hay algo de agua —dijo Disha con confianza.

—¿Estás segura de que este es el camino correcto? —preguntó Pradesh.

—Estoy segura, al amanecer llegaremos a un valle llamado Pato, en una de sus montañas hay un monasterio donde encontraremos algo de agua, y una cueva en la que podremos descansar por unos días.

Pradesh y Nagala se miraron y se sonrieron con incredulidad, no había forma de que Disha supiese que esa cueva y ese monasterio estaban ahí, y mucho menos que hubiese agua. Pero efectivamente, al amanecer, divisaron un valle extenso en medio de montañas desérticas.

Disha les señaló en lo alto de uno de los acantilados de la montaña, y ahí estaba una construcción que era conocida popularmente como “el Nido del Tigre”, era el monasterio de Tagktsan, que fue construido tres siglos antes del apocalipsis global para proteger la cueva llamada Tholu Phuk, en la que meditó Padmasambhava durante tres años, tres meses, tres semanas, tres días y tres horas en el siglo VIII; quien introdujera el budismo en toda la región.

Los viajeros empezaron a subir los setecientos metros de camino empinado que llevan al monasterio sin dudarlo, pues el agua se les había acabado por completo y el calor ya empezaba a sofocarlos.

Al llegar al monasterio, las puertas estaban abiertas y los viajeros entraron.

El monasterio constaba de cuatro templos que se conectaban entre sí por escalinatas de piedra que fueron esculpidas directamente en la roca. Al pasar de un templo al otro, los tres viajeros podían sentir la energía especial que tenía esta construcción.

—Me siento en casa —expresó Pradesh.

—Ahí está el agua, vamos a llenar nuestros contenedores —dijo Disha señalando unos viejos jarrones.

Por fortuna para los viajeros, cuando los monjes abandonaron el templo, dejaron agua en jarrones que la conservaron por quinientos años, y los tres jóvenes pudieron calmar su sed.

A continuación, Disha los llevó a la cueva sagrada Tholu Phuk, y de inmediato los tres sintieron la inmensa energía espiritual que la humilde cueva poseía.

—¿Cómo es que sabes el camino y lo que vamos a encontrar? —le preguntó Nagala intrigada.

—Aún no lo sé —respondió Disha—, pero toda la ruta está en mi cabeza. Sólo algo me preocupa, y por eso necesito de la ayuda de ustedes.

—¿Qué sucede? —preguntó Pradesh.

—La ruta que tengo en mi mente nos lleva al mar, y se supone que debemos cruzar el océano Pacífico para llegar al Sur Profundo. No tengo idea de cómo cruzaremos ese océano.

—Yo no sé navegar, y ese es el océano más grande y peligroso del mundo —dijo Pradesh.

—Tenemos que unirnos y meditar para encontrar la respuesta —dijo Disha.

Así que los tres se sentaron en la cueva sagrada y empezaron a meditar, tal y como lo habían aprendido de sus antepasados himalayas. Al llegar al estado de trance, su llamado espiritual logró comunicarse con el ser de luz que los había traído hasta ese lugar.

—Me alegra que hayan llegado a esta cueva sagrada —dijo el ser de luz—. Deben permanecer aquí por tres días, para evitar una tormenta de arena que se está formando cerca del antiguo cauce del río Manas. En tres días pasará.

—¿Cómo es que Disha conoce la ruta y sabe dónde debemos detenernos? —preguntó Nagala.

—Yo misma le he dado esa información —dijo el ser de luz.

—Quisiera saber: ¿cómo lograremos atravesar el mar para llegar al Sur Profundo? —preguntó Disha.

—A su tiempo sabrás la respuesta —respondió el ser de luz—. Ahora mismo debes preocuparte por que lleguen sanos y salvos a orillas del mar, en el lugar que ya conoces.

—¿Nuestra familia sobrevivirá? —preguntó Pradesh.

—Eso nadie lo sabe —dijo el ser de luz—. El trabajo de ustedes es llevar a Disha hasta el concilio que se celebrará en el Sur Profundo, donde trataremos de salvar lo que nos queda.

Entonces el ser de luz desapareció, y los tres salieron de su trance.

—Quiero hacer esto más seguido —dijo Nagala.

—No creo que podamos hacerlo de nuevo —dijo Disha.

—¿Por qué? —preguntó Nagala.

—Porque hay pocos lugares como este en el mundo —respondió Pradesh—, en los que se pueda hacer una conexión espiritual tan fuerte.

Los tres viajeros pasaron los siguientes tres días recuperándose de su viaje. Disha, que llevaba huevos de insectos, aprovechó para generar más alimento y llevarlo en el resto del viaje, y después de reabastecer sus contenedores de agua, siguieron su camino, ahora desviándose hacia el sureste.

Unos días después, llegaron al lecho seco del río Manas, donde el ser de luz les había dicho que se desataría una tormenta de arena. En efecto, todo estaba cubierto por una delgada capa de arena.

Días después llegaron al lecho seco del río Brahmaputra, que hace quinientos años era uno de los ríos más largos de Asia. Sin embargo, algunas semanas después, escucharon un sonido que no escuchaban desde que salieron de sus casas.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Pradesh.

Disha sólo se sonrió.

—Es el sonido de agua que corre —dijo Nagala—. ¡No es posible!

Pradesh y Nagala corrieron al lugar de donde venía el sonido, y para su sorpresa, encontraron un riachuelo pequeño del que pudieron beber y lavarse la cara.

—¿De dónde sale esta agua? —preguntó Pradesh.

—Es lo que queda del río Padma, donde desembocaba el sagrado río Ganges —respondió Disha.

—Es increíble que haya agua aquí —dice Nagala.

En cierto momento, Pradesh parpadeó con perplejidad y dijo mirando al agua:

—¡No puedo creerlo!

Nagala miró con cuidado en el agua y exclamó:

—¡Es un pequeño pez!

—¿Tendrá buen sabor? —dijo Pradesh con la incertidumbre de quien nunca los había probado en su vida.

—¡No lo mates! —dijo Nagala— Quizá sea el último en su especie.

—¿Cómo puede haber un pez en este riachuelo? —preguntó Pradesh.

—En el río Ganges fue depositada mucha energía espiritual durante milenios —explicó Disha—, por eso ha tenido el poder para permanecer hasta ahora e incluso para preservar a pequeñas criaturas; pero ya se está agotando su energía. Pronto se secará por completo.

Así que los viajeros volvieron a llenar sus contenedores de agua y siguieron el riachuelo por algunos días hasta que otro sonido completamente nuevo para ellos empezó a sentirse.

—¿Qué sonido es ese? —preguntó Nagala.

—No tengo idea —dijo Disha.

—¿Será peligroso? —dijo Pradesh.

Así que los tres se agacharon un poco para avanzar sigilosamente y después de subir una loma, la expresión de sus rostros se tornó en sorpresa al ver el mar por primera vez en sus vidas.

El sonido que escuchaban era el romper de las olas en la orilla. Las aguas del Golfo de Bengala, habían avanzado por kilómetros tierra adentro, debido al aumento del nivel del mar por el derretimiento de los polos y el calentamiento del agua.

Al llegar a la orilla, los tres se sentaron mudos de asombro a contemplar la majestuosidad del mar.

—Nunca imaginé que fuese así —decía Pradesh sin dejar de mirarlo—. Parece que estuviese vivo.

—No tengo el valor para entrar ahí —dijo Nagala—. ¿Cómo atravesaremos esa inmensidad?

—Recuerden que el ser de luz nos dijo que a su tiempo sabríamos la respuesta —dijo Disha.

Esa noche se recostaron a dormir cerca del mar, pero el sonido de las olas no les permitía conciliar el sueño. Además, hacía mucho que sus noches eran para caminar, por lo que su ciclo de sueño estaba trastocado.

—¿Nunca para de hacer ese ruido tan hermoso? —dijo Nagala.

—No puedo vivir cerca del mar —dijo Pradesh—, entre el sonido del mar y la luz de las estrellas no dormiré nunca más.

—¿Creen que podremos salvar el planeta? —preguntó Disha.

—Yo temo que el daño que le hemos hecho sea irreversible —dijo Nagala—. Si es así, los humanos nos merecemos todo lo que estamos recibiendo ahora.

—Yo creo que el hecho de tratar de salvarlo, ya nos salva —dijo Pradesh—. Miren el cielo, hay miles de millones de estrellas y planetas en millones de galaxias. Todos somos parte de algo más grande, no se trata de un planeta.

—Pero sólo podemos vivir en este planeta —dijo Nagala.

—Es nuestro cuerpo, el que sólo puede vivir en este planeta —dijo Pradesh.

Mientras ellos discutían sobre el alma, el espíritu y la trascendencia; Disha se quedó dormida con el arrullo de las olas, y empezó a soñar:

En su sueño aparecía un hombre de gran pureza espiritual, que venía caminando por la playa, desde el oeste, para buscarlos. El hombre tenía en su pecho una medalla con la estrella de ocho puntas.

—Vengan conmigo —decía el hombre en el sueño de Disha—, Yo los llevaré al Sur Profundo.

—Pero ¿cómo nos llevarás a un lugar tan lejano? —le preguntaba Disha en su sueño.

—Confía en mí —le respondió ese hombre.

Disha despertó en la madrugada, un poco inquieta por ese sueño. Nagala y Pradesh estaban rendidos por el cansancio, pero en unas pocas horas el sol no les permitiría dormir más. Debían buscar un refugio para el calor.

Disha se levantó y encontró dos refugios, uno que miraba al oeste y que los cubriría del sol de la mañana, y otro que miraba al este, para protegerlos del sol de la tarde.

Cuando volvió a donde estaban los otros viajeros, el radiante sol ya los estaba atormentando.

—Vamos —les dijo Disha—, encontré un refugio en el que podemos protegernos del sol.

Los tres se fueron al refugio, y Nagala preguntó:

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar?

—No lo sabemos —dijo Disha—, pero anoche tuve un sueño que me dio esperanzas.

—¿Qué soñaste? —preguntó Nagala intrigada.

—Soñé con un hombre que venía caminando por la playa y me dijo que venía a buscarnos para llevarnos al Sur Profundo —dijo Disha.

—¿Caminando? ¡No! —dijo Pradesh—, caminando no llegaremos a ninguna parte.

—¿Era guapo? —preguntó Nagala.

—Eso no importa —dijo Pradesh—, necesitamos algo más que nos lleve a nuestro destino.

—Él vendrá muy pronto —dijo Disha—, puedo sentirlo.

Después del mediodía, el sol empezó a entrar en el refugio y decidieron cambiarse al refugio del atardecer. Cuando pasaron por la playa, Pradesh se detuvo mirando al mar.

—¿Qué ves? —preguntó Nagala— ¿Te quieres calcinar?

Pradesh siguió caminando hasta el refugio, pero algo en el mar lo había dejado pensativo. Por eso, un rato después dijo:

—Voy a ver algo y regreso enseguida.

Pradesh fue a la playa y volvió con una sonrisa.

—Creo que hay algo acercándose —dijo—. No sé lo que es, pero pasará cerca de aquí.

Disha abrió sus ojos y fue corriendo a ver qué era lo que Pradesh había visto.

En efecto, algo se acercaba. Pero no era posible distinguirlo todavía, ni era posible esperar bajo ese sol sofocante a que se hiciera más visible. Los tres debieron regresar al refugio.

Una hora después regresaron y pudieron ver que en efecto se trataba de un navío, un gran velero que se acercaba.

El sol ya empezaba a declinar cuando el velero se ancló como a un kilómetro de la playa y una embarcación más pequeña se acercaba a la orilla.

—¿Cómo sabemos que son buenas personas? —preguntó Nagala.

—No lo sabemos —dijo Pradesh.

—Son buenas personas —dijo Disha con confianza—, ellos nos llevarán al Sur Profundo.

Cuando la pequeña embarcación se acercó a la playa, un hombre joven se bajó de ella exhibiendo sobre su pecho una estrella de ocho puntas, realizada sobre una concha de molusco prodigiosamente tallada. Era el mismo hombre con el que Disha había soñado la noche anterior, que dijo:

—Mi nombre es Keram, soy el capitán del velero que los llevará al Sur Profundo.

Al invitarlos a subir a la embarcación y ver que los viajeros vacilaban en poner sus pies en el agua, Keram empezó a reír.

—El agua de mar en sus pies no les hará daño —dijo riendo—. Está tibia.

Los viajeros pusieron sus pies en el agua, encogiendo los hombros al sentir por primera vez el agua del mar en sus pies. Luego, se subieron en la pequeña embarcación que los llevaría al velero gigante.

Al subir al impresionante velero, los viajeros se sorprendieron al ver que se trataba de una ciudad flotante, en la que los moradores tenían todo lo que necesitaban para subsistir.

—¿Cómo fue que ustedes sobrevivieron hasta ahora? —le preguntó Disha a Keram.

—Nosotros somos los descendientes de la población que quedó en Dinamarca y Holanda —explicó Keram—. Cuando los gobiernos de esos países vieron que el mar los dejaría sin territorio, hicieron un ambicioso proyecto en asociación con la empresa danesa Maersk Group, que para el momento era la compañía naviera más grande del mundo, y empezaron la construcción de estas naves-ciudades autosuficientes.

—¿Hay más naves cómo estás? —preguntó Pradesh.

—Sí —dijo Keram—, hay más —y señaló al mar.

Cuando los viajeros levantaron la vista, vieron sorprendidos una flota de veleros gigantes que les esperaban más adelante.

Los navegantes habían creado una nueva cultura que había aprendido a sobrevivir en el mar, pues la tierra climáticamente era de temperaturas muy extremas. En cambio, el agua de mar ofrecía un buffer para los cambios, que de forma ingeniosa ese pueblo aprovechaba para mantener una cápsula de supervivencia sobre cada navío, gracias a la tecnología aplicada a estas soberbias naves adaptadas a condiciones de las terribles tormentas y tifones que azotaban a este desestabilizado planeta.

Cada nave era en si un ecosistema con sistemas de generación de energía y alimentos de la tripulación. Estos últimos los obtenían a través del cultivo de algas y zoo y fitoplancton, desarrollando técnicas para transformarlos en extremadamente nutritivos alimentos. Y recalaban solo de tanto en tanto para obtener algunos elementos esenciales.

—¿Cómo es que sabían que estábamos esperándolos en ese lugar en particular? —preguntó Nagala.

—Hace un mes —dijo Keram—, tuve un sueño en el que un ser de luz me decía que tenía que buscar a Disha en el Golfo de Bengala para llevarla a un concilio que se celebraría en el Sur Profundo. Ese ser de luz me dijo que yo sentiría el llamado de Disha porque nuestras almas estaban conectadas; y así llegaría al lugar correcto.

Disha se sonrojó al escuchar acerca de esa conexión que ella también sentía.

—Además —continuó Keram—, hace algún tiempo que las tormentas en el mar se vuelven más avasallantes, y la salvación para nosotros está en encontrar ese paraíso en el sur del que hablan nuestras leyendas. El ser de luz nos reveló que Disha es quien tiene la llave para llegar a ese lugar. ¿Eso es verdad? —le preguntó a Disha.

—Es verdad —dijo Disha—, no sé explicar esta conexión que siento con una espiritualidad que me hace estar segura de la ruta que debemos tomar para llegar al Sur Profundo.

—Por favor —dijo Keram—, infórmame si atravesaremos el estrecho de Panamá o iremos más al sur para entrar por el estrecho de Magallanes.

—Tenemos que atravesar el océano Pacífico —dijo Disha, y Keram se tomó la barbilla en un gesto de preocupación.

—¿Cuál es el problema con el Pacífico? —preguntó Pradesh.

—Cruzar el Pacífico es algo que nunca hemos intentado —dijo Keram—, debido a la contra corriente ecuatorial, una corriente con una fuerza descomunal, que puede incluso destruir nuestros barcos.

—¿Podemos morir? —preguntó Nagala.

—Vamos a la cabina de mando —dijo Keram—, hay que tomar algunas decisiones.

Los cuatro entraron a la cabina de mando del barco de Keram. Era una cabina con aparatos electrónicos modernos que monitoreaban el funcionamiento del gigantesco velero.

Frente a ellos había una gigantesca pantalla que mostraba datos y gráficos en tiempo real, pero que los viajeros no eran capaces de entender. Keram se paró frente a la pantalla y dijo:

—Soy Keram, el capitán del *Ámsterdam*. Pido una reunión urgente con los capitanes a fin de tomar una decisión importante.

En pocos minutos, empezaron a aparecer en la pantalla los capitanes de los otros barcos, que se presentaban con cortesía y se interesaban en saber quién era Disha; pues todos habían escuchado sobre ella y el viaje al Sur Profundo.

—Se me ha informado —dijo Keram— que la ruta hacia el Sur Profundo es por el este, cruzando el océano Pacífico.

—Todos sabemos lo peligroso que es esa ruta —dijo uno de los capitanes.

—En el mejor de los casos podríamos perder quizá uno o dos barcos con toda su tripulación —dijo otro de los capitanes.

—Es un costo muy alto —dijo otro de los capitanes.

—La providencia hará posible que la joven Disha y quienes le acompañen lleguen al Sur Profundo; pero no hay garantías para nosotros y nuestra gente —dijo otro de los capitanes.

—Entonces —dijo Keram—, iremos solos en ese viaje, y ustedes tomarán la ruta más segura del Atlántico. Dejaremos un localizador en tierra para que puedan desembarcar en el lugar exacto cuando lleguen. ¿Qué les parece?

—Es una idea arriesgada —dijo otro de los capitanes—, pero es buena para todos.

Así que todos los capitanes estuvieron de acuerdo, y los barcos tomaron la ruta del oeste, mientras el velero *Ámsterdam* extendió sus velas y se dirigió por el Golfo de Bengala hacia el sur; para tomar un pasaje que se había abierto al sur de Bangkok, uniendo el Mar de

Burma con el Golfo de Tailandia debido al aumento del nivel del mar, y se dirigieron hacia el este.

Cuando entraron en lo que era el golfo de Tailandia, Disha le dijo a Keram:

—Tenemos que ir al norte.

—¿Al norte? ¿Estás segura? —preguntó Keram intrigado.

—¿Qué vamos a hacer al norte? —preguntó Pradesh.

—Aún no lo sé —dijo Disha—, pero sé que debemos ir al norte.

Los viajeros de Yan'an

Mei, Lian y Han Li, salieron de la comunidad de Yan'an, en la provincia de Shaanxi, y caminaron en dirección sur hasta el amanecer, cuando muertos de cansancio, encontraron una cueva en la que pudieron dormir.

Entonces los tres soñaron con el ser de luz, pero tuvieron sueños diferentes. Cuando despertaron, Lian dijo:

—Tengo que contarles lo que soñé: el ser de luz se me apareció y me dijo que íbamos por el camino equivocado, que ir al sur era el camino más largo para llegar al mar. Cuando le pregunté cuál era el camino que debíamos tomar, me dijo que Mei lo sabría.

—¿Sabes algo sobre eso Mei? —inquirió Han Li.

—Sí, yo también soñé con el ser de luz, que me dijo: “Camina hacia el sudeste por un mes, y encontrarás mucha agua que no podrás beber en lo que antes era Shanghai.” No había entendido nada hasta ahora, parece que debemos cambiar de ruta.

—Ahora entiendo el sueño que tuve —dijo Han Li—: soñé que estaba en una playa, y que a mi izquierda había grandes rascacielos medio hundidos en el mar; pero el ser de luz se me apareció y me señaló algo a mi derecha, era una pequeña mancha que se veía en el horizonte, a lo lejos. Cuando le pregunté que era, me dijo: “Vienen a buscarlos”.

—¿Quién vendrá a buscarnos? —preguntó Mei.

—No lo sé —dijo Han Li.

—¿Cómo sabrán que estamos ahí? —pregunto Lian.

—No lo sé —dijo Han Li.

—¿Cómo sabremos que son buenas personas? —preguntó Mei.

—No lo sé —dijo Han Li—. Sólo sé que debemos cambiar de ruta y dirigirnos al sudeste, a Shanghai.

Hace quinientos años, Shanghai, era la ciudad más grande de China; pero fue devorada por el mar cuando se derritieron los polos y el mar se calentó.

Para recorrer los casi 1.500 kilómetros que les separaban de lo que quedó de Shanghai, los tres viajeros tuvieron que caminar casi dos meses desde el anochecer hasta el alba, todos los días, y encontrar un refugio para dormir durante las horas más calurosas del día, cosa que sólo lograban porque el cansancio los vencía.

Visiblemente más delgados, debido al racionamiento de la comida que llevaban, los viajeros llegaron al mar de madrugada, cuando aún estaba oscuro, cerca de lo que era la ciudad de Shanghai, que estaba hundida en el mar. La luz de la luna dejaba ver la parte superior de los inmensos rascacielos que sobresalían del agua.

La oscuridad hacía que el mar pareciese tenebroso y el batir de las olas hacía que los viajeros sintieran el temor de que el mar se los tragase como había hecho con la gigantesca metrópoli.

Sin embargo, cuando el sol empezó a despuntar, la visión cambió por completo.

—¡Qué hermoso! —exclamó Mei cuando vio por primera vez el alba en el mar.

—¡Parece un espejo! —dijo Lian al ver el sol rojizo reflejado en el agua.

—¡Allá está! —dijo Han Li.

—¿Qué hay allá? ¿Dónde? —preguntó Mei.

—La pequeña mancha en el horizonte —explicó Han Li.

En efecto, era el velero *Ámsterdam* que, al dirigirse al norte, se acercó al lugar en el que estaba Shanghai, y Disha fue dirigiéndolos hasta encontrar a los viajeros de Yan'an.

Sin embargo, el temperamento desconfiado de los moradores de Yan'an, no les permitía subirse a la pequeña embarcación que les llevaría al velero, fue sólo cuando Disha y Keram mostraron sus medallas de ocho puntas, que los tres viajeros accedieron a embarcarse, aunque el mar los asustaba.

—¿Hay que buscar a alguien más o estamos listos para enfrentar el océano Pacífico? —preguntó Keram.

—Estamos listos —dijo Disha, aunque ese viaje la asustaba.

—Vamos entonces —dijo Keram y desplegaron las velas en dirección al este.

Los viajeros nórdicos

Brunilde, Erna, Rodolfo, Nicolás y Olaf, viajaban en dirección suroeste, sabían por los antiguos mapas que debían dirigirse a las Américas, pero algo ocurrió.

Mientras dormían una siesta corta, cuando el calor del sol era insoportable en la cubierta, un sueño inusualmente profundo cayó sobre ellos, mientras un fuerte viento soplabla en dirección este, y los llevó hacía el Mar Mediterráneo.

Los cinco nórdicos despertaron dos días después, pero ninguno percibió que había dormido durante tanto tiempo. Todos creían que habían dormido unas seis horas. Sólo se percataron de que algo estaba mal, cuando vieron que el sol se ocultaba detrás de ellos.

—¡Nos dirigimos al este! —dijo Rodolfo.

—¿Cómo es posible? —dijo Erna.

—¿Y dónde estamos entonces? —preguntó Nicolás.

—Yo sé lo que sucede —dijo Brunilde.

—Explícanos, ¿qué está sucediendo? —dijo Olaf.

—Soñé con el ser de luz, y me dijo que teníamos que navegar al este, por el Mar Mediterráneo —dijo Brunilde—. Iba a decírselos, cuando nos dimos cuenta de que ya estábamos navegando al este. De seguro ya estamos en el Mar Mediterráneo.

—¿Por qué tenemos que viajar por aquí? —preguntó Rodolfo.

—No lo sé —dijo Brunilde—, tendremos que esperar hasta que el ser de luz no dé las nuevas instrucciones.

—Esto no me gusta —dijo Olaf—, estamos navegando a ciegas.

—No tiene sentido —dijo Rodolfo—, vamos en sentido contrario.

—¿Ese ser de luz no nos puede dar más explicaciones? —preguntó Nicolás—, ¿no se da cuenta de que no podemos estar con esta incertidumbre?

—De entre todo nuestro pueblo, se nos eligió a nosotros para hacer este viaje —dijo Erna—. Si nos eligieron es porque somos capaces de hacerlo.

Al escuchar a Erna, los hombres del grupo calmaron sus nervios, aunque aún estaban asustados por no saber a dónde se dirigían.

Los viajeros turcos

Alí, Ismael y Amir salieron de la Capadocia y empezaron a caminar en dirección al sur, después de caminar por unos días, llegaron a un pueblo que había sido abandonado. Una de las casas que quedaba en pie, estaba casi completamente enterrada por la arena, así que decidieron quitar la arena de una de las ventanas, abrirla y pernoctar ahí, pues la arena alrededor de la casa la haría más fresca para dormir durante el calor del día.

Un extraño olor salió de dentro de la casa cuando abrieron la ventana, como si la casa hubiese estado cerrada por quinientos años. Al entrar, los viajeros encontraron una casa bien arreglada, con todo lo necesario para vivir, como si los moradores la hubiesen abandonado con la idea de regresar.

Cuando revisaron la casa, descubrieron que se trataba de una casa de dos niveles, y que ellos habían entrado por el nivel superior.

Uno de los cuartos del nivel inferior de la casa era especialmente fresco, ahí encontraron cinco grandes jarrones llenos de agua con los que calmaron su sed y reabastecieron sus contenedores portátiles. Pero estaban tan cansados, que se acostaron en el suelo y se durmieron, sin revisar el resto de la casa.

Al despertar y recobrar fuerzas, abrieron algunas puertas que estaban cerradas con llave, y en una de esas habitaciones encontraron una pequeña embarcación con dos remos en perfecto estado.

—¿El mar no parece estar cerca? —dijo Ismael— ¿Por qué estará esta embarcación aquí?

—Quizá había un lago —dijo Alí—, y los moradores pescaban.

Así que se llevaron la embarcación y algunos cobertores para protegerse del sol; convencidos de que encontrar ese bote, había sido una ayuda providencial y que, en ese pequeño bote de dos remos, llegarían al Sur Profundo.

Los viajeros turcos encontraron el mar unos días después, y quedaron asombrados al ver el mar. Ni en sus mejores sueños imaginaron que el mar fuese tan atemorizante y hermoso a la vez.

Nunca habían navegado, y ninguno de los tres sabía siquiera nadar, pero tenían fe en que si necesitasen ayuda, el ser de luz vendría en su auxilio. Así que sin pensarlo demasiado, se hicieron a la mar y empezaron a remar por turnos.

Su entusiasmo empezó a disminuir cuando se dieron cuenta que remando no avanzaban mucho. Sin embargo, su determinación era inquebrantable, y pronto empezaron a ver que avanzaban en sentido sur, llevados más por la corriente que por los remos.

Pronto dejaron de ver la orilla, y sólo había mar a su alrededor. El sol les indicaba que se dirigían al sur, pero al caer la noche quedaban a la deriva, y la penumbra los asustaba.

A la mañana siguiente, continuaron remando en dirección al sur, pero a media mañana, el cielo empezó a oscurecerse. Amir levantó la vista al horizonte y vio que un grupo de nubes negras de tormentas que emitían rayos, se movía rápidamente hacia ellos.

—¿Qué es eso? —dijo Amir con sorpresa.

Cuando sus compañeros se volvieron para ver, ya se podía divisar la pared de lluvia que se acercaba a ellos. De súbito, empezó a llover a cántaros, y caían rayos por doquier. El sonido de los truenos era ensordecedor.

La tormenta venía del oeste, donde el grupo de los nórdicos estaba batallando para mantener a flote su velero; luchando con las gigantescas olas que golpeaban la embarcación y amenazaban con voltearla.

Los cinco jóvenes estaban muy asustados, pues los rayos caían muy cerca de ellos y el sonido ensordecedor de los truenos no permitía que se escucharan entre ellos. De forma sorpresiva, las olas los elevaban y con violencia los dejaba caer para recibir el golpe de otra ola que los sacudía.

Fue en una de esas fuertes sacudidas, que Olaf preguntó:

—¿Están todos bien?

Nadie le escuchó por el ruido de la tormenta, pero alcanzó a ver a Erna y a Nicolás, pero no veía a Brunilde ni a Rodolfo, y empezó a preocuparse.

Con esfuerzo, Olaf se acercó al otro lado de la embarcación, y Nicolas fue tras él; para encontrar a Brunilde colgando del barandal de la embarcación, y a punto de caer al agua.

Una gran ola los golpeó en ese momento, y con el sacudón Brunilde se soltó del barandal. Justo en ese momento Olaf la tomó del brazo y con la ayuda de Nicolás, la subieron a la embarcación. Entonces buscaron a Rodolfo, pero no lo encontraron.

Mientras tanto, unos kilómetros más al este; a los tres turcos sólo les quedaba sostenerse con firmeza de la pequeña embarcación, que era sacudida de un lado a otro por la arremetida de las olas, que al caer sobre ellos, la llenaba de agua y los hacía pensar que se hundirían en el mar.

Cada vez que una de esas grandes olas los golpeaba, los tres pensaban que ese sería su final.

En cierto momento, Alí miró hacia un lado con una expresión de terror, que hizo que Ismael y Amir se volvieran de inmediato para ver que, una gigantesca ola venía hacia ellos. No podían hacer más que asirse con todas sus fuerzas de la pequeña embarcación.

La gigantesca ola los cubrió por completo, y cuando pasó, solo se podía ver la pequeña embarcación volteada.

Amir salió del agua, se sostuvo como pudo de la embarcación volteada por completo, y empezó a gritar:

—¡Alí, Ismael!

—¡Aquí estoy! —respondió Ismael.

—¿Dónde estás? —preguntó Amir.

—Debajo de la barca —respondió Ismael.

Debajo de la embarcación, asido de uno de sus largueros de madera, estaba Ismael, con su cabeza en el espacio donde la embarcación volteada conservaba el aire y todo su cuerpo en el agua.

De súbito, Alí salió al lado de Ismael, y casi sin poder respirar tomó otro de los largueros y empezó a recuperarse tosiendo y respirando con dificultad.

¡Alí! —gritó Amir.

—¡Él está aquí también! —dijo Ismael.

Cuando Amir vio que otra ola gigante se acercaba a ellos, entró debajo de la barca, y les dijo a sus amigos:

—Sosténganse con fuerza...

Sólo eso alcanzó a decir cuando la barca fue halada hacia arriba, para después ser empujada con violencia hacia el fondo. Los tres estaban aterrorizados mientras la barca volteada ascendía lentamente hasta la superficie.

Unos kilómetros más al oeste de dónde estaban ellos, los nórdicos veían en todas direcciones para tratar de encontrar a Rodolfo, pero la intensa lluvia no les permitía ver más allá de algunos metros, y los movimientos violentos de la embarcación no les permitían moverse de donde estaban asidos con fuerza para no tener la misma suerte que Rodolfo.

Entonces, la tormenta empezó a calmarse tan sorprendentemente como apareció. La lluvia se hizo más suave y las nubes de tormenta siguieron su camino hacia el oeste.

Cuando la furia del mar empezó a calmarse. Erna empezó a llorar, y Brunilde se acercó a ella para consolarla.

De pronto, se escuchó un golpe como si el casco del velero hubiese chocado con algo. Las chicas gritaron, y Olaf y Nicolás se asomaron para ver qué había sucedido, y encontraron a Rodolfo, que había conseguido mantenerse a flote y llegar a la embarcación, gracias al entrenamiento de nado que recibieron. Pero no tenía fuerzas para subir al velero por sí mismo. Así que los dos jóvenes lo ayudaron a subir, y se abrazaron de alegría.

Los turcos también percibían que el mar se calmaba y el sonido de la lluvia golpeando la barca era menos ensordecedor. Pero no se atrevían a salir de la seguridad del escondite en el que estaban.

—¿Moriremos aquí? —preguntó Ismael.

—No moriremos aquí —dijo Alí—, cuando salga el sol, voltearemos la barca y seguiremos nuestro camino.

—¿Con qué remaremos? —preguntó Amir.

—Los remos son de madera —dijo Alí—, así que los encontraremos flotando cerca de nosotros. Sólo necesitamos un poco de suerte para encontrar uno de los remos.

En el velero, Brunilde se puso de pie y les dijo a sus compañeros:

—Desplieguen las velas.

—¡Aún no! —dijo Olaf— El viento está muy fuerte todavía.

—Ya sé por qué estamos aquí —dijo Brunilde—, ¡desplieguen las velas!

Los jóvenes la escucharon y desplegaron las velas. El viento hizo que el velero se vuelva violentamente hacia el oeste y avanzó con tanta rapidez que ellos debieron asirse con fuerza de los barandales.

—Dinos, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Erna.

—Debíamos ir al sur, pero estamos aquí porque debemos salvar a tres personas —dijo Brunilde.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nicolás.

—He tenido una visión —dijo Brunilde—. Son tres hombres que debemos llevar con nosotros al Sur Profundo.

—¿Se están ahogando? —dijo Rodolfo mirando al mar, como buscando algún naufrago.

—No, están en una pequeña barca —dijo Brunilde.

En ese momento, Rodolfo gritó:

—¡Ahí está la barca! Pero me temo que hemos llegado tarde —dijo al ver que la barca está volteada.

—Ellos están ahí —dijo Brunilde—, debajo de la barca.

Los jóvenes bajaron las velas dirigiendo el velero hacia el lugar en el que estaba la pequeña barca volteada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Erna.

—Vamos a voltear la barca —dijo Olaf.

Y él y Nicolás quedaron suspendidos de un lado del velero, agarrados del barandal. Cuando llegaron a un lado de la barca, trataron de voltear la pequeña embarcación mientras Nicolás gritó, en el lenguaje común:

—¡Suban, vinimos a rescatarlos!

Pero no consiguieron voltear la barca; porque los tres turcos estaban sosteniéndola desde abajo.

Los turcos escucharon y se sorprendieron, pero cuando entendieron que se trataba de un rescate...

—¿Tú escuchaste eso? —preguntó Amir.

—Sí —dijo Alí—, creo que están tratando de rescatarnos.

—Pero, y si... —dijo Ismael dudando.

—Vamos a salir —dijo Alí.

Los tres salieron de debajo de la barca y se sorprendieron al ver al velero.

—¡Suban rápido! —les dijo Olaf.

Los tres turcos se subieron de inmediato a la pequeña barca volteada y de ahí Olaf y Nicolás los ayudaron a subir al velero.

Todos se sorprendieron al ver la estrella de ocho puntas colgada en el pecho de los tres turcos.

—¿Por casualidad ustedes también van a un concilio en el Sur Profundo? —les preguntó Olaf mientras saca su estrella de siete puntas, y los demás nórdicos hicieron lo mismo.

—Sí, gracias por salvarnos —dijo Alí emocionado.

Ahora, los nórdicos desplegaron las velas y dirigieron el velero al suroeste, para tomar el viento que los llevaría en sentido contrario, hacia el océano Atlántico.

El velero de los nórdicos, salió del Mediterráneo y navegó por el océano Atlántico hasta cerca de las costas de lo que era Brasil, para bordear las costas de lo que era Argentina y pasar por el estrecho de Magallanes para llegar al Sur Profundo.

Los viajeros de la amazonia

Akuna, Yaruna, y Koaro salieron de las inmediaciones de los tepuyes Roraima y Kukenán, y se dirigieron al noroeste.

—¿A dónde vamos? —preguntó Yaruna— ¿No tenemos que ir al sur? ¿Por qué vamos en sentido contrario?

—Son las instrucciones que recibí del shamán —dijo Akuna—, debemos encontrar la montaña sagrada llamada Auyántepey.

—¿Cómo sabremos que en efecto hemos llegado a esa montaña sagrada? —preguntó Koaro.

—Porque veremos caer agua desde los cielos —dijo Akuna.

Después de algunos días caminando, llegaron al Auyántepey; el tepuy gigante que albergaba la caída de agua más grande del mundo, que llamaban Salto Ángel (Angel falls) de 979 metros de altura.

Aunque esta caída de agua ya no es tan espectacular como lo era hace quinientos años, aún caía algo de agua y, desde abajo, parecía que en efecto el agua cayera desde los cielos.

Ahí los tres viajeros pudieron descansar y reabastecerse de agua y comida. Después, continuaron su camino en dirección oeste más de 500 kilómetros, hasta llegar al tepuy Autana, otra montaña sagrada de sus ancestros; donde también pudieron abastecerse de agua y alimento.

—¿Ahora sí iremos al sur? —preguntó Yaruna.

—No exactamente, el shamán me dijo que camináramos al suroeste, para encontrar las cuevas sagradas —explicó Akuna.

A continuación, los viajeros caminaron los más de 700 kilómetros que separan al Autana de la Sierra de Chiribiquete, una formación de tepuyes donde el shamán les dijo que debían pedir instrucciones al ser de luz para seguir con su camino.

En las cuevas de esas montañas sagradas, se habían encontrado miles de pictogramas rupestres, algunos de los cuales se creía que tenían unos diecinueve mil años de antigüedad.

Los viajeros entraron a una de esas cuevas, y encontraron dibujos de figuras geométricas acompañadas de representaciones de personas, aves y de un temible depredador ya extinto: el jaguar.

En esa cueva se podía sentir la fuerte energía espiritual que emanaba de ella; así que los tres empezaron a meditar para entrar en un trance profundo y poder comunicarse con el ser de luz.

En cierto momento de su meditación, el ser de luz se les apareció.

—Me alegra saber que han llegado hasta aquí —les dijo.

—Hemos llegado a las cuevas sagradas —dijo Akuna—, pero no sabemos qué camino debemos tomar ahora.

—Deben ir al oeste —dijo el ser de luz.

—¿No tenemos que ir al sur? —preguntó Yaruna— ¿Por qué seguimos yendo al oeste?

—Su shamán fue muy sabio al dirigirlos al oeste —dijo el ser de luz—, al sur hay áreas de calcinación de las que sus antepasados huyeron hace cientos de años, y ya no hay agua allí.

—¿Quiere decir que si nosotros hubiésemos ido al sur, habríamos muerto? —preguntó Koaro.

—Exactamente —dijo el ser de luz—, por eso deben ir al oeste, donde encontrarán las grandes montañas.

—¿Y después? —preguntó Yaruna.

—Después podrán seguir todo el camino de las montañas hasta el sur —dijo el ser de luz.

En ese momento, el ser de luz desapareció, y los viajeros decidieron descansar por unos días en esas cuevas sagradas. Después, el grupo siguió su camino hasta la Cordillera de Los Andes, desde donde se dirigieron hacia el Sur Profundo.

Los navegantes, los himalayitas y los chinos

El velero *Ámsterdam* se dirigía al este, por el océano Pacífico; cuando de súbito, ingresó a una feroz carretera de agua, una corriente ecuatorial que los llevaba tan rápidamente hacia el continente americano, que la proa del barco se elevaba por causa de partir el viento con la velocidad que llevaban.

El velero empezó a temblar a causa de esa inusual velocidad para la cual no estaba diseñado.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Nagala al sentir el estremecimiento del barco.

—Que el barco se está desarmando —dijo Keram con tranquilidad.

—¿Qué? —preguntó Nagala asustada.

—No sabemos si el barco va a resistir esta velocidad —dijo Keram—, pero debemos tener fe en que llegaremos bien.

—Tengo miedo —dijo Nagala.

—No te preocupes —le dijo Disha a Nagala—, no hay de qué temer; hay fuerzas poderosas cuidando nuestro camino al Sur Profundo. Mañana saldremos de esta corriente.

—¿Mañana? —preguntó Nagala sorprendida.

—Sí, no hay de qué preocuparse —dijo Disha—, todos llegaremos bien.

Keram miró a Disha y le dijo:

—Ahora me doy cuenta por qué eres tan especial.

Disha se sonrojó y se volvió para ver el horizonte, y que Keram no viera sus mejillas sonrojadas.

El velero *Ámsterdam* estuvo todo el día y toda la noche en esa feroz carretera de agua. Nadie pudo dormir a causa del ruido que provocaba el estremecimiento del barco y la inclinación inaudita que el viento provocaba al levantar la proa del velero.

En la mañana temprano, Keram estaba en el puente de mando cuando Disha llegó y le dijo:

—Tengo algo que decirte.

—Yo también tengo algo que decirte —le dijo Keram.

—En el momento en que divises tierra a tu izquierda, debemos salir de la corriente —dijo Disha.

—¿Salir de la corriente? ¡No podemos hacer eso! —dijo Keram sorprendido.

—Podemos —dijo Disha—, tú sabes cómo hacerlo.

—Es muy peligroso —dijo Keram—, podemos destruir el barco y naufragar.

—Debes confiar en mí —le dijo Disha—. ¡Mira! Ya se puede ver tierra a tu izquierda, es hora de salir de la corriente.

Keram se puso las manos en la cabeza y dijo:

—Bueno, moriré en el mar. Es lo que siempre he querido.

Entonces tomó uno de los aparatos y habló para toda la tripulación:

—Les habla Keram, sujétense de lo que puedan, en 30 segundos saldremos de la corriente ecuatorial y el barco va a estremecerse como nunca lo han sentido en sus vidas.

Keram acciona algunos aparatos en la cabina de mando, y se agarra con firmeza de unos apoyos haciéndole señas a Disha para que haga lo mismo.

El velero empieza a virar a la izquierda lentamente, y los temblores dentro del barco se agudizan al punto de que el ruido hace imposible hablar.

Una sacudida violenta hace que Disha se suelte y Keram la ataja entre sus brazos. La abraza con fuerza para asegurarla mientras el barco da otra sacudida violenta.

Ahora el ruido disminuye junto con la velocidad, y la inclinación del barco vuelve a la normalidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Keram a Disha mientras la tenía asegurada entre sus brazos.

—Muy bien... digo, bien —dijo Disha sintiendo vergüenza de ver a Keram a los ojos.

—Parece que nos salvamos —dijo Keram.

—Voy a ver cómo están los otros —dijo Disha, y Keram la soltó lentamente de entre sus brazos.

Disha se fue sin poder ver a Keram al rostro.

En la cubierta, todos se reunieron para saber qué sucedió.

—Tenemos que parar en las costas de Norteamérica —dijo Disha.

—¿Por qué? —preguntó Pradesh.

—Porque hay más personas que llevar al Sur Profundo —explicó Disha.

Los viajeros de la Scity

Bob, Steve y Lorena caminaron entusiasmados durante la primera noche. Estaban muy felices de haber salido de la Scity, que consideraban una prisión en la que estaban confinados desde que nacieron, y en la que estarían por el resto de sus vidas.

Sobre todo, estaban fascinados con el cielo nocturno, pleno de estrellas, además, nunca habían visto la Vía Láctea, y nunca habían respirado el aire de fuera de la Scity.

Mientras caminaban iban despotricando de los administradores de la Scity, que no le permitían a la población salir a ver el mundo exterior y respirar ese maravilloso aire.

Su enamoramiento con el mundo exterior acabó por la mañana, cuando, después del hermoso espectáculo del alba; el calor se volvió tan sofocante que se les dificultaba respirar.

Con desesperación empezaron a buscar un refugio, y por suerte, encontraron una cueva de poca profundidad donde pudieron esperar y dormir hasta que cayera la noche nuevamente.

Así continuaron su viaje durante varios días, hasta que las quejas empezaron a aparecer.

—¿Dónde está el mar? —le preguntó Lorena a Steve— Me dijiste que no era lejos.

—Te mentí —dijo Steve—, lo hice porque quería que vieras las estrellas. No sé qué tan lejos está el mar. Pero te aseguro que también lo verás y nos bañaremos en el agua como en las películas que veíamos en la Scity.

—¿Lo sabía! —dijo Lorena—, eres un mentiroso. Nunca llegaremos al mar.

—Llegaremos —dijo Bob—, la Scity está en el oeste y la costa más cercana es la costa oeste.

—¿Cuánto falta para llegar al mar? —le preguntó Lorena a Bob.

—Estoy casi seguro de que en unos quince días estaremos llegando a la costa —dijo Bob.

—¿Quince días! —dijo Lorena y empezó a golpear a Steve con su bolso.

Más adelante, encontraron un pueblo fantasma. Las casas estaban cayéndose por estar deshabitadas durante quinientos años. Pero los tres empezaron a buscar algo útil para el viaje dentro de las casas y negocios.

Lorena encontró ropa para ella que Steve tendría que cargar, y Bob encontró un contenedor de acero inoxidable en un supermercado que no podía abrir debido a que estaba bien cerrado.

Por el peso, parecía que contenían algo, pero por más que trataron no pudieron abrirlo.

Mientras los dos hombres trataban de abrir el contenedor de acero. Lorena seguía hurgando entre las cosas del dueño del supermercado y encontró una escopeta.

Lorena se acercó a donde estaban los chicos para mostrársela, y cuando la vieron empuñando la escopeta se asustaron y se separaron de la trayectoria de la bala, que Lorena apuntaba justo al contenedor, y ¡bang! Lorena disparó el arma; abriendo un hoyo en el contenedor por el que empezó a salir agua.

Mientras Bob tapaba el hoyo para que no se desperdiciara el agua, Steve le quitaba el arma a Lorena con mucho cuidado, para colocarla en un lugar seguro.

Los viajeros pudieron reabastecerse de agua y seguir su camino cuando cayó la tarde.

Unos quince días después, llegaron al mar y ninguno de los tres salía de su asombro. El mar era mucho más hermoso de lo que habían visto en las películas de la Scity, y el olor, la brisa y el sonido de las olas era la experiencia sensorial más cautivadora que habían visto en sus vidas.

—Tenemos que entrar al agua —dijo Steve.

—No —dijo Lorena—. Me da miedo.

—A eso vinimos —dijo Steve—, tenemos que hacerlo.

—Hazlo tú primero —le dijo Lorena que estaba impresionada con la inmensidad del mar.

Steve se desvistió y tímidamente entró al agua, disimulando su nerviosismo con risas. Lorena estaba muy nerviosa, pero al ver a Steve en el agua, se armó de valor, se desvistió y entró en el agua.

Después de estar jugando en el agua por un rato, empezaron a invitar a Bob para que también entrara en el agua; pero Bob no se atrevía a entrar; el mar le inspiraba mucho temor.

Cuando el sol empezó a calentar, los viajeros encontraron un refugio entre las rocas de la bahía, donde el sol no los alcanzaba, pero la brisa del mar los mantenía frescos durante las horas de más calor.

Cuando despertaron, Lorena les dijo:

—Tuve un sueño muy extraño: los tres estábamos aquí, y vimos que se acercaba un barco, era un barco grande que se detuvo lejos de la orilla, y una pareja se acercó en un bote más pequeño. Ellos nos invitaban a ir al sur, y tenían medallas con la forma de estrellas de ocho puntas en su pecho.

—Ya empezaste a delirar —le dijo Steve.

—Puede que haya sido la impresión de conocer el mar —le dijo Bob—, la impresión hace que uno sueñe cosas.

—Siento que va a suceder en cualquier momento —dijo Lorena.

—Te estás volviendo loca —le dijo Steve—, creo que tragaste mucha agua salada. Si yo salgo y me asomo, ¿veré que un barco viene a lo lejos?

Mientras dice eso, Steve se levanta, sale del refugio y mira al horizonte.

—¿Ves algún barco Steve? —pregunta Bob en tono de burla, pero Steve no responde.

—¿Steve? —le llama Lorena.

Al ver que Steve no responde. Lorena sale del refugio y lo encuentra mirando al horizonte. Cuando Lorena mira, puede ver un barco que se acerca a lo lejos.

—¡No puede ser! —dice Lorena— Vienen a buscarnos, y yo no me he arreglado.

—¡Vamos! —le dice a Steve mientras lo toma de la mano y se lo lleva—, tenemos que vestirnos.

En ese momento, Bob sale del refugio y mira asombrado al barco que se acerca a lo lejos. Sin pensarlo, se quita la camisa y empieza a agitarla sobre su cabeza como alguna vez vio en una película.

El velero *Ámsterdam* se detiene como a un kilómetro de la playa, y Disha y Keram se suben a un bote con sus estrellas de ocho puntas visibles en su pecho.

Mientras Keram remaba para acercarse a la orilla, Disha lo observaba fascinada. Para Disha, Keram representa la total libertad que contrasta con la vida de encierro en la que vivía ella y su gente en el Himalaya. Esa sensación y la conexión espiritual que siente con Keram, le resulta intrigante e irresistible.

Al llegar a la orilla, Keram se presenta:

—¡Hola!, soy Keram, el capitán del velero *Ámsterdam*.

—¿Tú eres Disha? —le pregunta Lorena, y Disha se sorprende.

—Sí, yo soy Disha. ¿Cómo es que sabes mi nombre?

—Hace unas horas, soñé que ustedes venían a buscarnos —dijo Lorena.

—Bueno, fuimos enviados para llevarlos al Sur Profundo —dijo Keram.

—Estamos listos para ir con ustedes —dijo Bob.

Los viajeros aztecas

María, Juan y Pedro viajaban en la embarcación de Pedro en dirección al sur. La embarcación era pequeña, pero tenía un motor que funcionaba con las celdas solares instaladas en el techo de la embarcación y una batería que les permitía seguir en movimiento durante la noche.

Además, Pedro había instado un desalinizador de agua que funcionaba con el calor del sol, y Juan había traído una generosa provisión de chapulines (saltamontes), que les sirvieron como alimento durante el viaje.

Los cobertores que fabricó María quedaron perfectos para protegerse del sol que entraba por los laterales.

—Parece que pensaste en todo cuando construiste este barco —le dijo María a Pedro con sarcasmo.

—No es un barco —dijo Pedro—, pero nos llevará a nuestro destino.

—¿Y dónde está el baño? —preguntó María, aunque sabía la respuesta.

Juan y Pedro no respondieron.

—¡Ah!, olvidaron pensar en eso —dijo María con sarcasmo—. ¡Hombres! Bien dijiste que esto no es un barco.

Pedro se sonrió y no agregó nada que pudiera ser usado en su contra.

Para viajar al sur, los viajeros aztecas siguieron la costa desde lejos, para no ser llevados a la orilla por las corrientes. Durante la noche, la penumbra amenazaba con hacer que se perdieran; pero María conocía muy bien la posición de las estrellas y se orientaba por ellas para mantener el rumbo sur, sin alejarse demasiado de la costa.

Pedro se sabía el mapa de las Américas de memoria, y mientras navegaban les decía en qué región estaban. Cuando llegaron al istmo de Panamá, se percataron que el continente americano se había separado por completo, y había un pequeño mar entre América central y América del sur. Una parte del territorio panameño, había tenido la misma suerte que Dinamarca, los Países Bajos (Holanda), y otros muchos países.

Al pasar el istmo de Panamá, el motor de la embarcación se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó María.

—No lo sé —dijo Pedro—, vamos a revisar.

—Así que la cafetera se detuvo y tendremos que morir aquí en medio del mar —dijo María—. Ni siquiera hay tiburones para que nos coman.

Después de revisar el sistema, Pedro les dijo:

—Se quemaron los circuitos por causa del calor, me tomará una semana repararlos.

—¡Oh, claro! —dijo María con sarcasmo— Tómame el tiempo que necesites, nosotros moriremos de todas formas.

Pero en ese momento, Juan vio algo a lo lejos...

—¡Miren! —dijo— ¡Es un barco!

Juan empezó a mover los brazos para ser visto, pero ya Keram los había detectado y estaba acercándose para recogerlos.

Ahora que la mayor parte del concilio iba en el velero *Ámsterdam*, parecía que el viaje iba a ser fácil. Pero al llegar a las costas de lo que era el Perú, en la latitud 25, tuvieron que enfrentar un vendaval para el que no estaban preparados.

El océano producía unas olas gigantescas que azotaban el continente debido a la fuerza de un viento que no permitía avanzar al velero. Después de resistir las olas por unas horas, decidieron desembarcar en la costa, y seguir la ruta sur caminando.

Para la tripulación del *Ámsterdam*, era un trance terrible tener que alejarse de las aguas, pero Disha y su grupo eran expertos sobrevivientes de las montañas, y acá tenían a Los Andes. Y comenzaron a recorrer inhabitados cordones montañosos.

—¿Nadie vive por aquí? —preguntó Mei.

—No, esto debería estar deshabitado —dijo Bob.

—¿Y por qué hay tres personas acercándose por allá? —dijo María.

En efecto, tres personas se acercaban al grupo. Eran Akuna, Yaruna, y Koaro; los representantes de la amazonia, que exhibían sus estrellas de ocho puntas en el pecho.

El grupo los recibió con entusiasmo, y ahora el agrandado grupo de viajeros avanzaba por la cordillera en dirección al Sur Profundo.

Llegaron a un punto en el cual ya se les estaban agotando las raciones de los nutritivos alimentos de los navegantes, pero de pronto, en el fondo de una quebrada con muy poca agua corriendo a través de ella, encontraron una pequeña planta con una bella flor.

La mayoría de ellos quedaron muy asombrados, pues algunos sólo habían visto una flor en video o en libros. Algunos la olían y estornudaban, nunca sus narices habían experimentado el polen. Nuevamente esperanzados, siguieron su viaje hasta que vieron que el clima se tornaba cada vez más benigno y estable.

Consiguieron algunos frutos silvestres con los que calmaron su hambre, y riachuelos donde podían calmar su sed.

Pronto encontraron unos valles con vegetación, y mientras más se adentraban al sur, esta vegetación se iba haciendo cada vez más boscosa. Muchos de ellos tocaban la vegetación con curiosidad o con miedo, porque nunca en sus vidas la habían visto.

Y llegaron a Santiago de Chile. La ciudad estaba completamente cubierta por bosques y cauces de hermosas aguas recorrían sus avenidas. Para muchos de ellos era la primera vez que disfrutaban de un baño en un río de aguas dulces. Algunos nunca habían visto tal abundancia de agua.

Sorprendidos, los viajeros siguieron más al sur. Donde la vegetación se tornaba cada vez más hermosa y exuberante.

Hasta que vieron otras personas acercarse a lo lejos, eran personas con atuendos elegantes pero diferentes, y venían del sur. Era un grupo de shamanes que viajaron especialmente para encontrarse con ellos y recibirlos para llevarlos al Sur Profundo.

XLVII EL ENCUENTRO

El grupo de shamanes que vino al encuentro de los viajeros, era liderado por el gran shaman y profeta Akainix; quien al acercarse, les dijo:

—Sean bienvenidos al Sur Profundo. Estamos muy felices de llevarlos a conocer el lugar del que hablan las leyendas de sus pueblos.

—Gracias por recibirnos —dijo Disha de inmediato.

—Vamos —dijo Akaimix—, no perdamos tiempo.

Todo el grupo siguió caminando detrás del grupo de shamanes, hasta que, al pasar una colina, se mostró delante de ellos ese mundo hermoso, al que sus habitantes llamaban Australis; un lugar en el que se había creado una nueva etapa evolutiva de la cultura humana.

Australis era una virtuosa fusión entre ciencia y espiritualidad, entre tecnología y naturaleza.

Los viajeros miraron asombrados lo que los moradores de Australis habían logrado. ¡Era tan diferente de lo que ellos habían visto en sus comunidades!

Todos los habitantes de Australis, estaban vestidos con elegantes ropas adornadas con figuras geométricas. Pero, en ese momento, los viajeros observaron entre los pobladores, a un grupo de personas que por su apariencia, se podían identificar claramente que no eran de allí.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Disha.

Akainix se acercó a esas personas con una sonrisa y se los presentó a los viajeros:

—Les presento a los nórdicos y a los turcos, ellos realizaron un viaje muy peligroso y largo desde Islandia y Capadocia para llegar hasta aquí y unirse al concilio.

Para sorpresa de los viajeros, Akainix fué presentándolos a ellos también, como si los conociese de siempre:

—Ella es Disha, está aquí gracias a sus amigos Nagala y Pradesh, que le acompañaron por los escarpados del Himalaya y por lechos de ríos secos hasta el mar. Sólo en el sagrado Ganges encontraron vida.

Los himalayas no pudieron disimular su sorpresa de que el shamán sabía todo sobre ellos.

—Ese hombre es Keram —prosiguió Akainix—, el capitán del hermoso velero *Ámsterdam*. Su grupo es el más numeroso. Ellos fueron muy generosos al arriesgar su vida en las corrientes del Pacífico y traer a la mayoría de los viajeros.

La tripulación del *Ámsterdam*, comentaron entre sí asombrados que el shamán supiera quiénes son.

—Este joven es Han Li —dijo Akaimix—, él y sus compañeras Mei y Lian, caminaron casi un mes desde el altiplano de tierras áridas del noroeste de China hasta el mar, donde Disha los encontró y se embarcaron en el velero de Keram.

—Nos estaba observando —dijo Mei, asombrada.

—Ellos son Bob, Steve y Lorena —dijo Akaimix—, caminaron por días en las áridas tierras de Norteamérica hasta llegar al Océano Pacífico, donde fueron rescatados por Disha y Keram. Lorena es capaz de encontrar agua con una escopeta.

—Ahora sí creo que es un shamán —dijo Lorena.

—Él es Juan —dijo Akaimix—, y sus amigos Pedro y María, que casi llegan al sur profundo por su cuenta; bien abrigados por los cobertores que María confeccionó. Su embarcación se detuvo al pasar el istmo de Panamá, y también llegaron hasta aquí con la ayuda de Disha y Keram.

—No hay forma de que sepa todo eso —dijo María.

—Y esa joven es Akuna —dijo Akaimix—, que con sus compañeros Yaruna y Koaro, son los representantes de las tierras sagradas del Amazonas. Estuvieron en los sagrados tepuyes, y en las cuevas ancestrales. Su vitalidad es superior, pues llegaron hasta aquí caminando por los Andes.

Los tres jóvenes se sorprendieron, pero no dijeron palabra.

—¿Cómo es que usted sabe tanto sobre nosotros? —preguntó Disha.

—Porque fui yo quien se les apareció —dijo Akaimix—, y fui quien los invitó a este importante concilio.

—¿Usted es el ser de luz? —preguntó Akuna.

—Sí y no —dijo Akaimix—, lo que ustedes vieron fue una representación astral que su propia mente fabricó para traducir el mensaje espiritual que yo les enviaba. Por eso, algunos de los seres espirituales que vieron, en realidad se parecían a ustedes mismos.

—Ahora entiendo —dijo Disha.

—Poco antes de ustedes —prosiguió Akaimix—, llegaron a nuestra tierra los nórdicos: Brunilde, Erna, Olaf, Nicolás y Rodolfo; que salieron de la lejana Islandia con destino al sur, pero yo mismo los desvié al este, al Mar Mediterráneo, para que encontraran a los turcos: Alí, Ismael y Amir, que caminaron desde la Capadocia hasta el mar, y valientemente se aventuraron en una pequeña barca que volcó con una tormenta. Los nórdicos los rescataron y retomaron el rumbo al sur.

—Es un placer conocerlos —dijo Brunilde.

—Para nosotros también es un placer —dijo Disha.

—Ya han llegado a Australis todos los seres especiales que estarán en nuestro concilio —dijo Akaimix—. Los últimos sobrevivientes de espíritu puro que lograrán salvar lo que nos queda.

—¿Qué es lo que debemos hacer? —preguntó Disha.

—Vamos —dice Akaimix—, no hay tiempo que perder.

Mientras seguían al gran shamán, Disha observó asombrada los semblantes de las personas en Australis; en sus ojos se transparentaba una gran esperanza, y todos portaban esas estrellas de ocho puntas, confeccionadas con los más diversos materiales, y que, sin embargo, eran sorprendentemente parecidas en forma y tamaño.

Los viajeros llegaron a una explanada que tenía una roca redonda y plana, que parecía tallada a propósito para que una sola persona pudiese subirse a ella y dirigir una reunión. El gran shamán y profeta Akaimix, los hizo sentarse en dos círculos alrededor de esa roca redonda.

En el primer círculo estaban Disha, Keram, Han Li, Bob, Juan, Akuna, Brunilde y Alí; ocho en total. En el segundo círculo alrededor del primero, estaban sentados: Nagala, Pradesh, Mei, Lian, Steve, Lorena, Pedro, María, Yaruna, Koaro, Erna, Olaf, Rodolfo, Nicolás, Ismael y Amir; dieciséis en total.

Alrededor del segundo círculo, Akaimix invitó a sentarse a la tripulación del *Ámsterdam*.

Cuando todos estuvieron sentados, Akaimix se subió a la roca y les dijo:

—Hoy aprenderán cómo funciona Australis. Si quieren salvar y conservar lo que salven, deben aprender nuestra forma de vida. Supongo que tienen muchas preguntas que hacer.

—Díganos, ¿cuál es su secreto para conservar este paraíso con el que todos hemos soñado? —preguntó Keram.

—Lo primero que hicimos —explicó el shamán Akaimix—, fue cuestionar todo el modo de vida que llevó al apocalipsis. Por eso, se regresó a la vida del cazador-recolector. Ello fue posible mediante una nueva organización social en la cual el núcleo central de la convivencia es la familia, con grupos pequeños de cinco o seis personas a lo más; quienes migran frecuentemente cazando y recolectando directamente de la naturaleza lo que necesitan, y una vez que los recursos comienzan a escasear, el grupo migra a otro lugar.

—Así permiten que la tierra se regenere —dijo Akuna.

—Muy bien —dijo Akaimix—. Los grupos pequeños hicieron que desaparecieron las enfermedades infectocontagiosas. Pues al disminuir los integrantes de cada grupo, los patógenos no tenían oportunidad de desarrollar virulencia; dejando lugar al desarrollo de flora bacteriana benéfica.

—Pero, ¿no es eso un gasto innecesario de energía? —preguntó Ali.

—¡Al contrario! —exclamó Akaimix— Esto conlleva tremendos beneficios para la salud. Por ejemplo, el hecho de hacer constante ejercicio y la ausencia de alimentos hipercalóricos; hizo desaparecer las enfermedades cardiovasculares, la obesidad y la diabetes.

—¿Quiere decir que ya no cultivan? —preguntó Juan.

—¡Exacto! —respondió Akaimix— Como los alimentos no son cultivados, no necesitan ser sometidos a pesticidas ni fertilizantes. Además, el suelo, producto de mantener su ciclo natural, está pletórico de oligoelementos minerales; por lo que todas las carencias nutritivas que antiguamente afectaban a la población desaparecieron; lo que se suma a la ausencia de carbohidratos de bajo peso molecular y gluten, mejorando enormemente la capacidad de absorción. Además, el aumento de los alimentos fibrosos logra que la flora intestinal de las personas recupere su rol en la formación de vitaminas como la K2, desapareciendo otras enfermedades como las caries dentales o periodontales.

—¡Wao! ¡Sí que son saludables! —exclamó Bob.

—Todo este nuevo estado de salud —explicó Akaimix—, genera cuerpos absolutamente saludables y fuertes, también se expresa en cerebros más sanos y desarrollados; logrando que las mentes

entiendan cosas y conceptos sumamente complejos del ámbito espiritual, y sean capaces de descifrar los intrincados mecanismos de funcionamiento de la naturaleza virgen.

—¿Usan la tecnología? —preguntó Brunilde.

—¡Claro que sí! —exclamó Akaimix— A diferencia de los cazadores-recolectores originales, los pobladores de Australis tienen a su disposición la poderosa herramienta que representa la ciencia y el conocimiento. Por esa razón, se estableció que era fundamental no perder todo ese vasto mundo de información, así que se creó un mecanismo para que jamás se olvidara. Gracias a la recuperación de las capacidades intelectuales, este trabajo se hizo sencillo.

—¿Quiere decir que todos saben lo mismo? —preguntó Juan.

Sí y no —respondió Akaimix—. Todos deben ser capaces de cazar y recolectar, todos deben poder abastecerse de alimento y refugio para sí mismos y para su familia. La pereza está prohibida, todos aportan a la supervivencia. Sin embargo, dentro de cada comunidad, se van detectando las capacidades especiales de cada niño, habiendo dentro de la variación de ellos caracteres o talentos. Por sus talentos innatos, algunos niños son destinados a ser shamanes, otros educadores, otros artistas, y así, diferentes roles dentro de la comunidad. Pero estas habilidades adicionales las entregan al resto de la comunidad sin recibir nada a cambio, pues el resto de la comunidad aporta con estos “expertos” en cada área. Esto se debe a que el dinero, al desaparecer las posesiones, perdió su sentido, siendo reemplazado por un alto sentido de altruismo y bondad.

—Eso hace que los viejos sean muy sabios —dijo Lian.

Así es —dijo Akaimix—. El rol de los sabios es fundamental en la preservación del conocimiento. Son personas de una memoria

privilegiada, verdaderas enciclopedias vivientes que atesoran el conocimiento, y tienen la destreza de transformar esos conocimientos en soluciones a los problemas contingentes. Por ejemplo, los sanadores ya no tenían que batallar contra las otrora comunes enfermedades crónicas, autoinmunes, alérgicas o infectocontagiosas, pero sí debían manejar lesiones traumáticas. Para ello, aprenden de sus maestros, todo acerca de anatomía, biología, bioquímica, fisiopatología y farmacología natural que habían heredado de los antiguos; pero que ahora aprovechan todo ese conocimiento en una forma que les permite mantener una salud totalmente distinta.

—¿Tienen caballos? —preguntó Ismael.

No —respondió Akaimix—. El transporte es solo por fuerza humana, no se esclavizan animales para trasladar cargas ni personas. Pero mediante el desarrollo de bicicletas de bambú y otros materiales, se logran cubrir distancias considerables en poco tiempo. Además, se estableció una red de perfectos senderos que permiten hacer más eficiente su uso.

—¿Usan los metales? —preguntó Olaf.

Lo primero que hicimos —explicó Akaimix—, fue renunciar al uso de la metalurgia, pero sin volver a la edad de piedra; pues gracias a los conocimientos científicos y a la tecnología, se logró recrear todas las herramientas necesarias sólo con materiales naturales.

—¿Cómo evitan la endogamia.? —preguntó Pradesh. —Pregunto esto porque nos haz dicho que los grupos se componen de familias pequeñas, y sabemos que la endogamia puede causar problemas en la descendencia. ¡

—Lo hacemos con nuestra simple organización social —respondió Akaimix—. Las familias migran libremente en áreas previamente

delimitadas o “haruwenes”, pero cada cierto tiempo, se reúnen en ciertos eventos especiales que pueden durar incluso meses; lo que les da la oportunidad a los jóvenes de familias diferentes para que se conozcan, y ahí se establecen lazos sentimentales entre ellos; lo que los puede llevar a formar su propia familia, evitando la endogamia.

—¿Cómo evitan la sobrepoblación? —preguntó Lorena.

Mantener a raya la población, —dijo Akaimix— es un asunto muy importante para nosotros. Pues nuestro sistema depende directamente de la capacidad del ecosistema para mantener a esa cantidad de personas, sin que llegasen a pasar hambre ni penurias. Así que conseguimos que la tasa máxima de nacimientos por pareja era de 2,1 niños, con varios sistemas de control de natalidad, siendo el más importante: la disminución de la tasa de ovulación de la mujer producto de la dieta hipocalórica.

¿Antes habían recibido personas de otras comunidades? —preguntó Steve.

—Sí —respondió Akaimix—, Durante siglos rescatamos a sobrevivientes de otros lugares del planeta. Muchos de ellos tenían cierto desarrollo espiritual que les permitió establecer contacto con nosotros.

—¿Qué hacen los shamanes además de aparecerse como seres de luz? —preguntó María.

—Los shamanes tenemos muchos importantísimos roles —respondió Akaimix—. A través de años de entrenamiento y meditación, sumado al aumento de la capacidad cerebral y a los conocimientos que nos ha aportado la ciencia de ‘los creadores del apocalipsis’, como solemos llamar a los antiguos; hemos descubierto que, a pesar de que la teoría de la relatividad de Einstein es cierta, y que la materia no puede

superar la velocidad de la luz... en el mundo espiritual si es posible superarla.

—¿Cómo se explicaría algo así? —preguntó Pedro.

—Para responder a tu pregunta —dijo Akaimix— se establecieron algunas teorías de física cuántica que podrían explicar este fenómeno inexplicable; pero del que ustedes mismos fueron testigos.

—Por eso usted pudo viajar hasta nuestra comunidad —dijo Yaruna.

—Sí, y no sólo hasta ustedes —dijo Akaimix—, Lo que finalmente se está logrando va más allá. Estamos realizando viajes astrales a diferentes puntos del universo. Lo que era una de las máximas aspiraciones de ‘los creadores del apocalipsis’ está siendo logrado con el poder que hay dentro de nosotros: viajar por las estrellas.

—Cuéntenos más sobre eso —dijo Koaro.

—Lo que antaño era visto como un sueño supremo —continuó Akaimix—: llegar a la estrella más cercana, Alfa Centauri. En realidad, significa desplazarse prácticamente nada en comparación con la gigantesca escala del universo. La realidad es que como especie estamos anclados a este planeta, pero da igual, ya estamos en el universo, y ésta es una maravillosa plataforma de observación. Así lo entendimos, y por eso hemos avanzado tanto en ese campo.

—¿Hay vida en otros planetas? —preguntó Erna.

—Sí —dijo Akaimix—, logramos entrar en contacto con lejanas entidades espirituales, las cuales se desarrollan solamente en aquellos mundos en que sus seres vivos lograron superar la etapa de la autodestrucción. Sin embargo, pese a la vastedad del universo, son muy pocos mundos los que poseen vida.

—¿En qué trabajan ahora? ¿Qué están estudiando? —preguntó Mei.

—En este momento —respondió Akaimix—, estamos descubriendo la verdadera naturaleza de la energía y la materia oscura, Lo que ocurre dentro de los agujeros negros, y la evidencia de los multiversos. Hemos logrado, con el conocimiento científico, tener insospechados avances en estas materias.

—Para mantener este paraíso durante el cataclismo global, debieron tener algún tipo de protección —dijo Nagala.

En efecto —explicó Akaimix—, los shamanes tenemos la responsabilidad de mantener una cápsula protectora sobre este mundo austral contra la destrucción natural y espiritual del planeta tierra, lo que ha permitido regenerar el ecosistema natural de este rincón del mundo hasta ahora.

—¿Por cuánto tiempo pueden mantener esa cápsula espiritual de protección? —preguntó Rodolfo.

—No por mucho tiempo más —respondió Akaimix—. Se requiere que la mayor cantidad de personas ayuden a soportar esta cápsula. Pues los profetas vaticinan que se aproxima una nueva catástrofe. El planeta se ha mantenido estable dentro de su daño durante siglos, pero lo últimos recursos de homeostasia están por agotarse, y se aproxima el colapso final.

—Es por eso que estamos aquí - dijo Disha.

Sí —agregó Akaimix—, la única salvación era llamar a un shamán de sorprendente luz y de muy lejos; que debía sortear un gran viaje para poder llegar hasta acá. Pues la única forma era realizar un nuevo concilio de ese shamán especial y veintitrés poderosos shamanes más

que debían llegar de todas partes del planeta, para revertir el inexorable final.

—¿Está hablando de nosotros? —preguntó Disha.

—Sí —dijo Akaimix—, y ese shamán especial que dirigirá el concilio, eres tú misma.

Disha se sorprende, ella no creía tener el poder para semejante responsabilidad.

—Eso es todo por hoy —dijo Akaimix—, vamos a disfrutar de una comida y después podrán descansar de su viaje.

Akaimix caminó y todos le siguieron a una parte del poblado en la que había mesas con frutas y verduras.

Algunos de los viajeros se sorprendieron al ver las frutas, pues sólo las habían visto en imágenes y videos documentales, o las desconocían por completo.

—¿Qué es esto? —preguntó Amir al ver un fruto rojo, casi redondo y más grande que su puño.

—Creo que se llama manzana —respondió Nicolás—, pero no estoy seguro.

—Sí, es manzana —dijo Steve y tomó una y la mordió.

—Este de acá se llama mandarina —dijo Bob, y estuvo a punto de morderlo cuando María dijo:

—¡No lo muerdas!

Bob se detuvo y miró a María.

—¿Es venenoso? —preguntó Han LI.

—No, ¿cómo se les ocurre? ¡Hombres! —dijo María— Es sólo que no se come como la manzana, la cáscara se quita con la mano.

María tomó una mandarina y empezó a quitarle la cáscara con la mano y a comer la pulpa. Después de probarla, María suspiró de placer.

—¿Ya la habías comido antes? —preguntó Nagala.

—No, nunca —dijo María—, lo vi en un documental.

Yaruna tomó un melocotón y trató de quitarle la cáscara con la mano.

Ismael le dijo amablemente:

—Esa cobertura es suave, debería poder morderse como la manzana.

—Gracias —respondió Yaruna con una sonrisa y mordió el melocotón. Sus ojos se abren con sorpresa al probar su exquisito sabor.

Todos disfrutaron de comer frutas frescas, los residentes de la Scity eran los que más conocían las frutas, porque se cultivaban en el invernadero de la Scity; pero eran tan caras que ninguno de ellos las había probado nunca.

Después de comer, todos estaban muy sorprendidos, pues ninguno había sentido nunca esa sensación que se experimenta al consumir frutas frescas. Como si sus cuerpo les agradecieran por todas las vitaminas y minerales que recibieron.

Después de comer, Disha y Keram se sentaron a cierta distancia a conversar.

—Tengo que decirte algo importante —dijo Keram—, nunca había sentido algo así. Este sentimiento es nuevo para mí

—Yo tampoco —dijo Disha—, es la primera vez que siento esto.

—Es una sensación extraña —dijo Keram—, pero muy fuerte; es algo en el corazón que yo nunca había experimentado.

—¿En serio nunca habías experimentado esto? —preguntó Disha.

—Hablo en serio —dijo Keram—. Nunca había sentido esto.

—Yo tampoco había comido nunca frutas frescas —dijo Disha—. Nunca imaginé que comer ese alimento natural me haría sentir estas sensaciones extrañas pero placenteras.

—Ah, entiendo —dijo Keram titubeando—. Es verdad, las frutas frescas son buenas para la salud.

En ese momento, se acercó uno de aquellos shamanes que les sirvió de guía hasta allí, y le dijo a Disha:

—El gran shamán Akaimix pide que por favor vayas a la tienda de los sabios.

Disha se despidió de Keram y se fue con el shamán hasta la tienda de los sabios.

Las tiendas están hechas con un armazón de madera desarmable, y están cubiertas por pieles de animales. La tienda de los sabios es la más grande de todo el poblado.

Al entrar, Disha se encontró con el gran shamán y profeta Akaimix, acompañado de dos viejos shamanes.

—Nos complace mucho que estés aquí —dijo Akaimix—, temíamos que no fueses capaz de llegar a tiempo. Lamento decirte que toda la zona que dejaste en las montañas ha sido arrasada por una tormenta con vientos de fuego. Nada quedó vivo ahí.

Luego de un largo silencio, Disha dijo:

—En el fondo sabía que nuestro poblado tendría la misma suerte que el poblado vecino —dijo con tristeza—. Pero hay algo que necesito entender: ¿Cómo fue que lograron establecer este lugar, como evitaron el gran colapso? Es decir, esto no existía en un comienzo, ¿de qué manera lograron superar las diferencias, las guerras, las ambiciones, y evolucionaron hasta este estado de total armonía?

—Te mostraré cómo lo hicimos —dijo Akaimix—, pero necesito que inicies un trance, pues entraré en tu mente, dónde lo verás todo.

Disha cerró los ojos, y rápidamente entró en el mundo espiritual. Al abrirlos, vió a Akainix frente a ella, pero rodeados de la más total oscuridad.

—Para empezar —explicó Akaimix—, debemos entender dos axiomas: El primero es que estamos en el universo, y por tanto, SOMOS universo. De esto se desprende que, si logramos entender el objetivo del universo, entenderemos nuestro objetivo como seres vivos. Y gracias a ese entendimiento que hemos construido, es que Australis ha sido exitoso; simplemente porque va en línea con este objetivo.

—¿Cuál es ese objetivo? —preguntó Disha.

—Podrás verlo tú misma —respondió Akaimix.

En ese momento, apareció un punto blanco flotando entre ellos.

—Este es el inicio de todo —dijo Akaimix—, pero mira lo que va a ocurrir.

El punto blanco que apareció entre ellos estalló repentinamente, iluminando todo.

—Este es el inicio de los tiempos —explicó Akaimix—, sólo había energía que desplazó la oscuridad, y al cabo de unos pocos milisegundos se transformó en materia. Eran átomos muy sencillos, con sólo un electrón. Helio e Hidrógeno. Pero esta materia se comenzó a condensar generando cuerpos celestes en los cuales estos simples átomos entraron en comunión, fusionándose, creando átomos mucho más complejos, entre ellos el carbono y el oxígeno. Y estos cuerpos celestes, llamados supernovas, estallaron, llenando el espacio de esta riquísima y variada materia.

—Fue así como nació el universo, ¡fue hermoso! —exclamó Disha.

—Entonces sucedió algo muy importante —continuó Akaimix—: en ciertos planetas se fue dando la oportunidad de que estos átomos interactuaran entre sí, y a través de enlaces covalentes, comenzaran a formar moléculas, logrando estructuras mucho más complejas aun, que un simple átomo aislado.

—¿Cómo el carbono? —pregunta Disha.

—¡Exacto! —exclamó Akaimix— El carbono tiene la propiedad de realizar uniones sumamente estables, lo que logró en algún minuto formar cadenas de moléculas que se replican a sí mismas. Ese fue el inicio de la vida en muchos planetas que nosotros hemos visitado en nuestros viajes espirituales.

Mientras Disha pudo ver las imágenes que proyectaba en su mente. Akainix iba graficando su relato. Ello demostró el enorme poder intelectual del Shaman.

—Posteriormente —continuó el relato de Akaimix—, estas estructuras se fueron relacionando entre sí, hasta que por fin se formó la célula, un complejísimo enjambre de moléculas. Pero no bastando con ello, estas células se comenzaron a vincular y comunicar entre sí

desarrollándose seres multicelulares, los que a su vez evolucionaron en formas más complejas aún: las que se relacionaban con el resto de los seres vivos a través de los ecosistemas; los que se van complejizando cada vez más hasta llegar a los ecosistemas en clímax.

—Entonces —dijo Disha—, los átomos de carbono se asociaron para producir moléculas, las moléculas se asociaron para producir células, y las células se asociaron para producir seres complejos que se asocian para producir ecosistemas.

—¡Exacto! —exclamó Akaimix— Ese es el objetivo del universo: ir de lo simple a lo complejo a través de la comunicación de sus componentes.

—¡Qué interesante!, ¡y tan lógico además! —dijo Disha asombrada.

—El ser humano se originó en el momento en que existía la mayor complejidad conocida en la Tierra, la era Cenozoica —explicó Akaimix—. Y en un comienzo formó parte integral en este camino universal. A través del lenguaje desarrolló su intelecto, y posteriormente sus capacidades de comunicarse y vincularse espiritualmente con los demás miembros de su especie y del resto de los seres vivos del ecosistema, y comenzó a ser parte integral de un ser superior.

Disha asintió con vehemencia, pues ella también había intuido la existencia de este ser superior.

—Hace muchísimos años —prosiguió Akaimix—, mucho antes del apocalipsis, vivieron unos científicos que descubrieron la existencia de este ser superior; a través de la ciencia primero y después en sus meditaciones como budistas. Ellos hablaron de “unidades autopoyéticas” en lugar de seres vivos. E identificaron varios niveles de ellas.

—¿Cuáles son esos niveles? —preguntó Disha intrigada.

—Las de primer orden serían las células —explicó Akaimix—, las cuales nacen, se multiplican y mueren. Las de segundo orden, serían los seres multicelulares como tú o yo, quienes somos hechos de millones de células que constantemente nacen, se multiplican y mueren, Pero cada una de ellas son yo y mi conciencia.

—Es verdad —dijo Disha—, el hecho de que millones de mis células mueran todos los días, no significa que yo deje de existir.

—¡Muy bien! —dijo Akaimix— Y a su vez, nosotros y los seres vivos que nos rodean seríamos parte de una unidad autopoyéticas de tercer orden. En la medida que nos mantengamos espiritualmente vinculados y unidos con los demás humanos y otros seres vivos, seremos esa conciencia superior. Y si nuestros cuerpos mueren, si ya somos parte de esa conciencia, romperemos solo la unión con nuestro cuerpo y mente, y nuestro espíritu seguiría siendo parte de esta entidad.

—Como si todos fuésemos células del cuerpo de este ser superior— dijo Disha.

—¡Exacto! —exclamó Akaimix— En nuestro cuerpo cada célula tiene una diferente función, como así también cada especie tiene un rol en el ecosistema. El ser humano, cuando alcanza un alto grado de nivel espiritual, permite conectar todo a través de una conciencia colectiva. Es algo así como una red neuronal.

—¡Por fin puedo entenderlo! —dijo Disha emocionada.

—En el cáncer —continuó Akaimix—, algunas células deciden no ser parte de nosotros, para regresar ser simplemente unidades

autopoyéticas de primer orden, lo cual lleva a la enfermedad al ser que las cobija.

—Es verdad —dijo Disha.

—Pues así ocurrió con el humano —dijo Akaimix—. Hace miles de años abandonamos este vínculo espiritual y nos apartamos por nuestro propio camino. Y ese fue el inicio de las guerras, el sufrimiento y la destrucción de la naturaleza. Algunos humanos de extraordinaria inteligencia y espiritualidad se percataron de ello, y trataron de enseñar a los demás la imprescindible necesidad de amar a los demás y desarrollar el espíritu. Estos grandes profetas buscaron re-ligar al humano con esta unidad de tercer orden. De ahí aparecieron las religiones; pero lamentablemente las religiones perdieron el sentido original dado por sus respectivos profetas.

—Ese es el verdadero cáncer que está destruyendo la vida en este planeta —dijo Disha—. Pero, me gustaría saber: ¿Habría unidades autopoyéticas de cuarto, quinto orden o más?

—Quizás sabremos eso al momento de nuestra muerte —respondió Akaimix—, y si logramos entrar plenamente en nuestro ser superior.

—Gracias, ahora entiendo muchas cosas —dijo Disha.

—Ahora que entiendes eso, puedo responder a tu pregunta inicial: ¿Cómo fue que logramos evitar el gran colapso y superar las diferencias, las guerras, las ambiciones, para evolucionar hasta este estado de total armonía?

—Sí, quiero saber —dijo Disha intrigada.

—Pues bien —explicó Akaimix—, hace quinientos años, a gran parte de la población del extremo austral se nos fue revelando en sueños este entender y sentir. ¿Fue algo espontáneo? Sabemos que no.

Fuimos guiados por sabios shamanes y profetas de antaño. Y en el proceso no medió ninguna revolución, fue más bien una evolución, centrada en el amor que comenzó a estallar en los corazones de todos. Y te preguntará por qué aquí, en el extremo austral de América, en la Patagonia—agregó Akainix—Pues porque aquí fue uno de los últimos lugares dónde existieron humanos viviendo en su plenitud espiritual y en su rol universal hasta avanzado el siglo 20, y rodeados de una naturaleza prístina que jamás supo de guerras: Yamanas, kaweshkar, Haush y Yaganes era el nombre de ellos.

—Parece que hubiese algo que impidiera que el resto de los seres humanos encontraran el camino para conservar su propia existencia —dijo Disha reflexionando.

—Es posible que haya una explicación para eso —dijo Akaimix—. En antiguas investigaciones de astrofísica, se determinó que en el universo existe la energía oscura, que explicaría por qué el universo se expande. Esta energía oscura llevará el universo finalmente a su desaparición. Creo que esta energía se manifiesta de diferentes maneras, y que podríamos definir que es la forma más pura y elemental del MAL. Y nos hemos percatado de que en los planetas que ha triunfado el amor y la vida, y por tanto el desarrollo de unidades autopoyéticas de alto nivel, esta energía oscura pareciera desvanecerse.

Eso tiene sentido —dijo Disha—, el mal está presente en algunas personas de una forma muy poderosa.

—En nuestras meditaciones grupales —continuó Akaimix— hemos logrado entrar a un estado de conciencia colectiva, y al lograrlo, podemos entrever qué le depara a Australis en el incierto futuro, y qué podríamos hacer para reparar el planeta. A pesar de que hemos

logrado grandes progresos, se hace necesaria la participación de muchas más almas puras. Es por eso que ustedes están aquí.

—¿Qué tenemos nosotros de especiales? —preguntó Disha—. Ustedes son muy poderosos, ¿qué hace que personas comunes como nosotros seamos necesarios?

—Nosotros nacimos aquí —dijo Akaimix—, protegidos por una poderosa cúpula espiritual de la influencia de la energía oscura. Por el contrario, ustedes vienen de fuera de la cúpula protectora. Esto significa que su espíritu ha logrado superar a la oscuridad en esos lugares de los que vienen, lo que los hace ser extremadamente fuertes espiritualmente. Pero la pieza más importante eres tú.

—¿Por qué? ¿Qué me diferencia de los otros? —preguntó Disha.

—Tú eres la poseedora de la mayor energía espiritual de todos los que se encuentran aquí —dijo Akaimix—. Tu energía espiritual es lo suficientemente poderosa como para encausar la energía de todos tus compañeros a fin de lograr el objetivo. Por esa razón, debes comandar el segundo concilio de Shamanes, que fue convocado por antiguos seres que hicieron un pacto hace mil años, y que habían logrado interceder para salvar de la destrucción a este lejano lugar del mundo. Ahora es necesario un segundo concilio para realmente salvarlo de la inminente devastación que se avecina.

—Ahora entiendo —dijo Disha.

—Muy bien, la clase ha terminado —dijo Akaimix—, ya puedes salir del trance.

Disha abrió los ojos, y de nuevo estaba en la tienda de los sabios, en el mundo terreno.

Disha y Akaimix salieron de la tienda de los sabios y se dirigieron a una explanada donde estaban reunidos todos los viajeros. Akaimix levantó sus brazos y les dijo:

—Hoy van a tener un merecido descanso. Mañana, los veinticuatro shamanes irán conmigo al valle sagrado de Ayún, y empezaremos el concilio.

—¿Nosotros somos shamanes? —preguntó Bob.

—Sí —dijo Akaimix—, y son mucho más poderosos de lo que creen. Mañana lo verán.

Esa noche, todos los viajeros descansaron en tiendas hechas con armazones desarmables de madera y cubiertas por pieles.

En la misma tienda, estaban Disha, Brunilde y María.

—¿Qué te dijo Keram? —preguntó Brunilde— Lo vi un poco nervioso.

—Yo soy la que casi muero de los nervios —dijo Disha—, tuve que disimular porque casi me dice lo que siente.

—¿No te gusta? —preguntó María— Yo estaba segura de que él te gustaba.

—¡Claro que me gusta! —dijo Disha— Pero quiero esperar a que pase el concilio, si no, no podré concentrarme y él tampoco.

—Es verdad —dijo María —, los hombres son como niños. Hay que hacerlos sufrir un poco.

—¡No! —exclamó Brunilde— ¿Cómo se te ocurre? Pobre Keram.

—Sí, pobre Keram —dijo Disha—, y pobre de mí que me muero por abrazarlo y... pero tenemos que esperar a que pase el concilio.

—Nosotras tenemos que ser las racionales, amiga —dijo María.

—Bueno, eso es verdad, pero con mucho sacrificio —dijo Brunilde, y las tres empiezan a reír.



XLVIII EL SEGUNDO CONCILIO

La mañana siguiente, después de disfrutar de un desayuno de frutas frescas, empezaron el viaje más al sur, al sagrado valle de Ayún.

—¿Será muy lejos? —preguntó Rodolfo.

—¿Por qué? ¿No quieres ir? —dijo Brunilde.

—Es que no tengo mucho tiempo —dijo Rodolfo—, me tengo que regresar nadando a Islandia.

—¿Es cerca? —preguntó Mei.

—¡No! —exclamó Erna y ríe—. Es muy lejos, Roberto sólo quiere molestar.

Pero el sagrado valle no estaba lejos, pronto el grupo llega al valle de Ayún, en cuya entrada hay una añosa Araucaria de más de mil años de vida.

Akaimix los hizo sentarse en dos círculos: en el primer círculo están los ocho jóvenes chamanes principales: Disha, Keram, Brunilde, Han Li, Akuna, Bob, Juan y Alí.

En el segundo círculo que rodeaba al primero, estaban los dieciséis jóvenes shamanes secundarios: Pradesh, Nagala, Olaf, Erna, Rodolfo, Nicolás, Lian, Mei, Koaro, Yaruna, Lorena, Steve, María, Pedro, Amir e Ismael.

El grupo estaba rodeado de las gigantes araucarias, estos increíbles árboles con su energía natural, les ayudarían a entrar en su trance meditativo.

Cuando todos están sentados, Akaimix les dijo:

—Cierren los ojos y concéntrense en escuchar los latidos de su corazón, sientan la brisa que acaricia su rostro, y dejen que su espíritu los eleve.

Uno a uno, los ocho jóvenes shamanes principales empezaron a cambiar de color, volviéndose de un blanco deslumbrante. Disha fue la primera en alcanzar el trance.

Entonces, los dieciséis jóvenes shamanes secundarios también alcanzaron el trance, se tornaron de un blanco brillante, y todos los veinticuatro shamanes empezaron a hablar al mismo tiempo, con una sola voz.

—Gran shamán Akaimix —dijeron todos al mismo tiempo—, ¿qué es lo que queremos saber y que es lo que buscamos?

Akaimix se sorprendió gratamente de ver que todos se habían unido en un mismo espíritu. Entonces respondió:

—Viajarán hacia el futuro, y verán el destino que le espera a Australis y a nuestro planeta.

Una luz recorrió a los ocho shamanes principales, convirtiéndolos en un anillo brillante, y de inmediato, los dieciséis shamanes secundarios también se volvieron un anillo brillante, y empezaron a ver el futuro de Australis.

En el futuro, Australis estará desolada, la vida se habrá extinguido por completo. El planeta había intentado repetidas veces regenerar la vida; pero jamás logrará desarrollar una biosfera tan compleja y variada como la que tuvo en el cenozoico. Toda la tierra será un desierto, ni siquiera permanecerán los casi indestructibles insectos.

Después, el tiempo para recuperarse se acabará; una vez llegado el fin del ciclo de nuestro sol, que al convertirse en una gigante roja, se tragará a la tierra, muriendo para siempre, y haciendo que este mundo jamás lograra su rol en el universo y se uniera definitivamente a la energía del cosmos.

La energía oscura y el mal habrán vencido.

Uno a uno los jóvenes shamanes salieron de su trance. Algunas de las chicas lloraban desconsoladamente. Keram consoló a Disha entre sus

brazos, que sollozando, entendió que no habrá salvación para nuestro planeta.

—¡Sí hay salvación! —exclamó Akaimix— ¡Dejen de llorar! Es por eso que están aquí, porque ustedes pueden y deben salvar este planeta.

Las chicas empezaron a calmarse, y poco a poco los jóvenes shamanes recuperaron la tranquilidad.

—Ustedes mismos deben encontrar la forma de salvar lo que nos queda —dijo Akaimix—, usen todos los talentos con los que fueron bendecidos, yo los ayudaré en todo lo que pueda.

Los jóvenes shamanes discutieron entre sí cuál pudiera ser la fórmula para salvar al planeta de su inminente destino. Pero ninguno de ellos encontró la fórmula para lograrlo.

Entonces, Keram les dijo:

—En ocasiones, tratamos de reparar un barco; pero nos resulta imposible, el daño es irreparable.

—¿Quieres decir que debemos rendirnos? —preguntó Disha.

—No —dijo Keram—. La única forma de recuperar ese barco, hubiese sido poder ir al pasado y cambiar los hechos que lo dañaron.

—¿Quieres decir que debemos ir al pasado? —preguntó Brunilde.

—¿Podemos? —preguntó Akuna mirando al gran shamán Akaimix.

—Muchas veces hemos mirado el pasado —dijo Akaimix—, pero no hemos podido cambiar nada. Ustedes deben intentarlo, todos juntos, quizá su poder combinado pueda hacer la diferencia.

Los jóvenes shamanes están de acuerdo y cierran sus ojos. Rápidamente entran en trance, volviéndose dos anillos de luz.

Los jóvenes vieron el pasado con asombro. El hombre depositando toneladas de basura en los océanos, toneladas de partículas nocivas son esparcidas en el aire por las grandes industrias; químicos venenosos son depositados en los ríos, y millones hectáreas de bosques son destruidas todos los años por el fuego.

XLIX CELIPATENCIS, JUAN SEBASTIÁN, KUYENFEY.

Pero, de pronto, aparecieron tres seres en medio de los dos anillos de luz. Estos seres eran de una luminosidad tan extraordinaria, que parecían venir de otro tiempo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntaron los jóvenes chamanes con una sola voz.

Uno de los tres seres luminosos, tomó la palabra y dijo:

—Mi nombre es Celipatencis, ella es Kuyenfey, y él es Juan Sebastián. Queremos ayudarles a salvar al planeta.

—No es posible salvar el planeta —dijeron los jóvenes shamanes con una sola voz—, ya vimos el futuro. Estamos tratando de salvar lo que nos queda.

—Ahí está su error —dijo Kuyenfey—, la única forma de cambiar el futuro es cambiando el pasado. No intenten salvarse ustedes, no lo lograrán, deben tratar de salvar todo y a todos.

—¿No es eso mucho más difícil? —preguntaron los jóvenes shamanes con una sola voz.

—La energía oscura es tan poderosa —dijo Juan Sebastián—, que para vencerla tienen que hacer un gran cambio. Ningún pequeño cambio será lo suficientemente poderoso para vencerla. Yo mismo era uno de los enemigos del planeta, y tuve la oportunidad de cambiar, gracias a los sueños que me llevaron por el camino correcto.

—Es una lástima que esos mismos sueños no se hubiesen extendido a todos los seres humanos —dijeron los jóvenes shamanes con una sola voz—, quizá las cosas serían diferentes ahora.

—¡Esa es la respuesta! —exclamó Akaimix emocionado.

—Es verdad —dijo Kuyenfey—, debemos hacer que todos tengan sueños acerca del futuro que les espera; así lograremos que la mayoría se ponga de parte del planeta y quieran salvarlo.

—Aunque lo lográramos —dijeron los jóvenes shamanes con una sola voz—, al final, el planeta será tragado por el sol. Eso no podremos evitarlo.

—Yo exhalé mi último suspiro hace unos mil años —dijo Celipatencis—, sin embargo, aquí estoy hablándoles. Deben entender y sentir que nuestro rol como humanos en este universo es llegar a formar parte del ser superior. Si lo entienden, la muerte será un simple desaparecer, porque la vida eterna empieza cuando nos mantenemos como parte de ese ser superior.

—¿Cómo logramos formar parte de ese ser superior? —preguntaron los jóvenes shamanes con una sola voz.

—La única forma de lograrlo y mantenerse allí —dijo Kuyenfey—, es a través de la mayor y más poderosa forma de comunicación del universo: el amor.

—Ayúdenos a entrar en la mente de los creadores del apocalipsis y hacer que sueñen —dijeron los jóvenes shamanes con una sola voz.

Entonces, guiados por los tres seres del pasado, iniciaron una poderosa regresión, en la que el anillo exterior de los dieciséis shamanes secundarios se mantuvo intacto, pero más brillante, y el anillo interior de los ocho shamanes principales cambia, formándose rayos de luz que se cruzaron, construyendo una estrella de luz de ocho puntas.

Los tres seres del pasado se unieron para formar un triángulo de luz en el centro de la estrella de luz de ocho puntas, y todos viajaron quinientos años al pasado.

XLIX EL SUEÑO

Una noche cualquiera, un sueño se hizo viral en la mente de los creadores del apocalipsis, un sueño que se iniciaba como un vuelo espiritual a través de la naturaleza, pero que culminaba en un mundo en el que veían a las criaturas del mar morir por causa de la basura, los ríos siendo contaminados con químicos, el aire siendo envenenado, y los animales en los bosques siendo calcinados por las llamas.

Entonces, en el sueño, se les apareció la imagen de Disha, como un ser de luz, que les dijo:

—Todo este daño que se causan a ustedes mismos, tiene consecuencias...

Entonces, vieron impotentes cómo aumentaban las temperaturas, vieron a sus mascotas y abuelos morir por causa del calor infernal, observaron impresionados cuando las ciudades fueron destruidas por el mar, y se vieron a ellos mismos y a sus hijos sin el modo de vida cómodo que tanto atesoraban.

Disha, se les apareció de nuevo en el sueño y les dijo:

—No tienen mucho tiempo, tienen que cambiar de inmediato para evitar ese futuro que les espera. Deben construir una sociedad sustentable, que les permita salvar al planeta y retomar su rol en el universo. Deben ponerse a trabajar en ese paradigma lo antes posible.

A la mañana siguiente, todo el mundo habló de ese sueño, que miles de millones de personas; hombres, mujeres y niños, tuvieron al mismo tiempo.

Algunos grupos económicos y políticos sin escrúpulos trataron sin éxito de que no se le diera importancia a ese sueño colectivo, pero ya el sueño había calado hondo en la mente y el alma de las personas.

Algunos políticos sagaces vieron la oportunidad de hacerse populares, y empezaron a apoyar con toda su maquinaria política los cambios que debían hacerse para salvar al planeta.

Estos políticos pronto tomaron el poder, debiendo que cumplir con sus promesas, aunque sabían que esto significaba pérdidas económicas; pero permanecer en el poder los movió a hacer los cambios que el electorado les pedía.

Algunos grupos políticos y económicos sin escrúpulos apostaron por que la población olvidara ese sueño colectivo; usando su maquinaria propagandística para desprestigiar el sueño llamándolo: “histeria colectiva”; pero nada les funcionó. El sueño se repitió en los meses subsiguientes, y en los años que siguieron. La imagen de Disha se volvió icónica, y muchas personas influyentes y sinceras se identificaron con “la chica de luz”.

Así las personas tomaron verdadera consciencia e internalizaron que los cambios eran imprescindibles, y transmitieron esos valores a sus hijos.

Ese despertar espiritual hizo que miles de millones de personas se interesaran en meditar y trascender al mundo terreno; así entendieron su verdadera naturaleza y su relación con el ser superior. Y este planeta logró superar la crisis y la energía oscura fue erradicada en este rincón del universo.

Y todo se inició con un sueño.

...tu sueño...

El mar, los hielos, las montañas, los desiertos.

Abre tu mente a través de tus ojos, tus oídos, tus pulmones; tus manos palparán nuevamente la tierra, pero antes de todo, abre tu espíritu, pues tu viaje exigirá de ti que cada fibra, cada célula estén dispuestas a entender por fin. Te preguntarás ahora: ¿entender qué? La respuesta la encontrarás en la travesía eterna y primigenia que experimentarás a través de la selva sagrada, en un lenguaje superior a cualquier palabra...

